



SELLO EDITORIAL
AMERICANA

Esta NO es época pa eso



RICARDO ANTONIO SIMANCAS TRUJILLO



Corporación Universitaria Americana ©

Sello Editorial Americana©

ISBN Digital: 978-958-5169-90-6

ESTA NO ES ÉPOCA PA ESO

Autor:

Ricardo Antonio Simancas Trujillo

Presidente

JAIME ENRIQUE MUÑOZ

Rectora Nacional

ALBA LUCÍA CORREDOR GÓMEZ

Vicerrector Académico Nacional

MARIBEL YOLANDA MOLINA CORREA

Vicerrector de Investigación Nacional

RICARDO SIMANCAS TRUJILLO

Coordinación Sello Editorial

EVA LUNA CONTRERAS MARIÑO

Sello Editorial Americana

selloeditorialamericana@americana.edu.co

Diagramación, ilustraciones* y portada*: Kelly J. Isaacs González

1ª edición: 2025-09-07

* **Metodología:** Las imágenes fueron creadas bajo la dirección artística y edición de Kelly Isaacs G. utilizando la herramienta de generación de imágenes Gemini de Google. El proceso creativo completo (prompts, selección y retoque) es propiedad del autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma o por medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otro, sin previa autorización por escrito del Sello Editorial Americana y de los autores. Los conceptos expresados en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Corporación Universitaria Americana y da cumplimiento al Depósito Legal según lo establecido en la Ley 44 de 1993, los decretos 460 del 16 de marzo de 1995, el 2150 de 1995, el 358 de 2000 y la Ley 1379 de 2010.

Esta no es época pa eso

Autor:

Ricardo Antonio Simancas Trujillo

Corporación Universitaria Americana
Sello Editorial Americana

CONTE- NIDO

Prólogo	7
Sinopsis	9

PRIMERA PARTE

Esta no es época pa' eso	13
El código del tambor	19
Pigmalión.exe	23
Vuelo sin alma	27
Una chiquita ella	33
Jack Lobby	39
Por un hueso de la Flaca	43
Los Dragálidos	47
Los del piso de arriba	51
La protesta	55
Gobernado por la sombra	59
La Caleta	63
La reencarnación de Abel	69
La última guardia del Guaiquerí	77
Tres días sin luz	81

SEGUNDA PARTE

	87
Plinio sin alma	89
El flagelante escarlata	93
A la medida del tiempo	97
Estrellas a medio día	101
El diablo entró por el bolsillo	105
Madurados con papel	109
Esperando a Esperanza	113
La cirugía de Juancho	119
El desencuentro	123
La corbata del señor Garcés	129
Mi abuela tiene feisbú	137
El pacto	141

*A la memoria de
Ramona Isabel y Rafael Dionisio,
quienes pusieron en mis venas su sangre de relatores.*

*A mi amada familia,
fuente generosa de donde bebe mi inspiración...*

PRÓLOGO

Por un viejo cómplice del juego de las palabras...

Antes que todo —y antes que se me escape la emoción entre los dedos—, quiero decir que es un privilegio haber sido convidado por mi entrañable amigo Ricardo Simancas Trujillo para escribir estas líneas que sirven de puerta de entrada a su nuevo libro: “Esta no es época pa’ eso”. Digo “nuevo” como quien habla de un reencuentro, porque estas historias, aunque recientes en tinta, llevan mucho tiempo caminando por la cabeza de Ricardo, ese territorio donde lo absurdo y lo poético se saludan como viejos compadres.

Nos conocimos hace años, cuando ambos andábamos por los andenes movedizos de la publicidad, inventando eslóganes, estrategias, jingles y sueños de marca que vendieran hasta lo invisible. Allí, entre campañas y traspasos, vi cómo Ricardo afinaba el oído y la lengua, puliendo con paciencia la alquimia de las palabras. La publicidad fue su escuela de magia breve; los cuentos, en cambio, son su verdadero conjuro.

Este libro no busca moralejas ni redenciones. Lo que ofrece es algo más

raro y más valioso: tiempo perdido... pero bien perdido. Son relatos que se leen como si uno estuviera en una mecedora frente al Caribe, escuchando a un abuelo que exagera, a un vecino que recuerda mal, o a un loco del pueblo que, sin saberlo, dice la verdad. Porque eso hacen estos cuentos: exageran lo cotidiano hasta volverlo fantástico, y con humor del bueno —ese que no se burla, sino que acaricia— nos muestran que la vida no necesita más magia que la que ya trae.

Ricardo no escribe como quien quiere impresionar. Escribe como quien quiere contar. Y en sus cuentos hay diablos que entran por los bolsillos, sombras que se mandan solas, gemelos que maduran entre periódicos, vigilantes que se adelantan al paso del tiempo, leyendas inventadas que cobran vida, y pueblos que miran estrellas al mediodía. Todo eso cabe en este libro, como cabe una carcajada en medio de la tristeza.

No exagero —aunque me den licencia para hacerlo— si digo que aquí hay una colección de personajes que podrían habitar el mismo mapa de Macondo, Aracataca o Púyaco, ese pueblo que no aparece en los mapas, pero sí en los que saben leer entre líneas.

Así que abra estas páginas con calma, lector. Tómese un tinto. Permítase perder el tiempo, porque al final, como Ricardo bien sabe, perderlo con gusto... es una forma sabia de recuperarlo.

—Firmado con gratitud y sonrisa de esquina por un amigo que aún cree en los cuentos.

Hernán Gamarra Jiménez

Asesor de Marketing y Publicidad.

Creativo Publicitario y Artista visual



SINOPSIS

En este compendio de cuentos, **Ricardo Simancas Trujillo** traza con agudeza y humor las contradicciones del Caribe colombiano, donde lo absurdo se mezcla con lo real, y lo cotidiano se transforma en mito. Desde un padre que convirtió una frase en dogma familiar —“Esta no es época pa’ eso” — hasta un hombre que pierde su alma durante un vuelo, cada relato es un espejo encantado donde se reflejan la nostalgia, el ingenio y la ironía.

Aquí habitan tamborileros malditos, inteligencias artificiales enamoradas, gatos asesinados en apartamentos de alta gama, hombres que roban identidades en hoteles, y flacas que flotan por encima de los prejuicios. El lector pasará del escalofrío al carcajazo, de la ternura a la crítica social, con un ritmo narrativo que evoca lo mejor del realismo mágico, la literatura urbana y el cuento costumbrista contemporáneo.

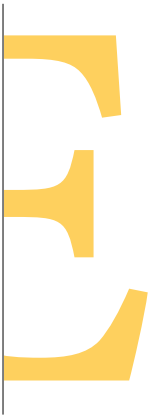
“Esta no es época pa’ eso” no solo es un título: es un mantra heredado, una crítica velada y una declaración de amor a las historias que resisten el olvido. Un libro para quienes entienden que, a veces, vivir también es un acto de magia narrativa.



PRIMERA PARTE



Esta no es época pa' eso



El viejo Rafa, mi padre, tenía tres frases preferidas: “Y eso pa qué es”, “nombre, si no han pagao” y la reina de todas: **“Esta no es época pa' eso.”** Esa era la que más usaba cuando uno, con toda la ilusión del mundo, se le acercaba con ojos de culebrero a pedirle para comprar un helado, una bolita de tamarindo o el permiso para ir a una actividad de la escuela, que generalmente era visitar el zoológico para entender el tema de los ecosistemas en la clase de biología. Recuerdo su evasiva, como si fuera ahora que lo estuviera diciendo—icarajo!, ino entiendo cómo fue montado el zoológico en una zona residencial y en pleno corazón de la ciudad, además con ese insoportable olor a chivo mojado, pero lo que menos entiendo, decía levantando más la voz, es como los maestros apoyan eso, no mijo, díglele que usted no va, y menos en esta época!

En cierta ocasión le dije —Papá, en el colegio nos pusieron una actividad de Ciencias Sociales en la Quinta de San Pedro Alejandrino, es de obligatorio cumplimiento para la nota de fin de año, ya todos los compañeros confirmaron, solo faltamos Fermín y yo, pero él tiene excusa porque está enfermo.

—¿Paseo? ¡Esta no es época pa' eso, mijo!, idígale al

profesor que deje de estar buscando vainas con estos paseos!
— O díglele al profesor que usted también está enfermo, no ve como está todo flaco, esa plata sirve para unas vitaminas que bien que te hacen falta.

“

**Vivíamos en San Pacho,
un barrio con nombre de
santo, pero con el ritmo
de carnaval en cada
rincón.**

”

La verdad, es que yo sabía la respuesta, solo esperaba que se diera con un vaya mijo, vaya. Pero mi viejo tenía la misma respuesta, si queríamos comprar un chicle, un raspao o ir al cine a ver una película de Bruce Lee, ahí estaba la consabida frase “**Esta no es época pa’ eso**”, se había naturalizado en nuestros oídos que ya hacía parte de nuestro argot familiar. Así, entre tristezas, dolores y resentimientos fugaces, circulaba entre mis hermanos, amigos y vecinos, acompañada de carcajadas, la acuñada expresión.

Lo cuestionable, es que a pesar de la repetida respuesta que nos iba a dar, las risas y bromas segregadas de tal aliteración, cuando él no los decía frente a frente, uno se quedaba ahí, parado, con el alma derretida como paleta bajo el sol de las doce en Barranquilla, viendo cómo los demás pelaos del barrio —que uno sabía que en su casa la cosa estaba más dura que muslo de gallo— se iban con su meriendita, su gaseosita y hasta llevaban para invitar.

A mí me costó entender por qué mi papá, que trabajaba “en el juzgao”, como él decía, con su camisa blanca bien planchada y almidonada por mi madre, sus zapatos relucientes con cordones y su maletín que parecía guardar secretos de estado, no podía soltar ni cinco pa’ una colombina.

—Recuerdo a mi vieja, saliéndonos al paso, comprendan que su papá tiene muchas responsabilidades —decía mi mamá, con ese tono de defensa institucional que usaba cuando le tocaba regañarnos por el desconocimiento a tan cruda y distante realidad de las finanzas familiares.

Pero nuestro reclamo seguía, esta vez en boca de mi hermana

menor—¿Y los papás de los otros niños qué tienen? ¿Una mina de oro? —respondía ella con el descaro de quien no ha cumplido ni los doce.

Vivíamos en San Pacho, un barrio con nombre de santo, pero con el ritmo de carnaval en cada rincón. Las casas eran altas, como si quisieran ver la pobreza con dignidad, con techos de teja, y todas tenían, como factor común, dos mecedoras tejidas de plástico multicolor, que se ponían en las terrazas y rechinaban por la fricción de la tierra con el cemento, más que la conciencia de un político.

—Mi papá, Don Rafa, era lo más serio que se ha parido en toda la comarca. Con decirles que hasta cuando reía, uno no sabía si se estaba burlando o nos estaba regañando.

Pero llegaba diciembre... ¡ah, diciembre! Ese era el único mes donde “esta no es época pa’ eso” se convertía en “escojan su juguete y no vengan con jodiendas”. No sé cómo hacía, ni de dónde sacaba, pero el viejo aparecía con ropa nueva para todos —la camisa de cuadros que te picaba más que guayabo moral y los zapatos con suela tiesa que sonaban como traqui traqui— y un par de juguetes modestos pero llenos de ilusión. Una vez me regaló un carrito sin pilas que tenía más valor sentimental que funcional, pero yo lo exhibí en la cuadra como si fuera uno de hot wheels traído de Miami.

Mientras tanto, mi mamá era la verdadera ministra de hacienda del hogar. Se las ingeniaba para comprarnos los útiles escolares, el cuaderno de dos líneas, los lápices con goma —que nunca borrraban, solo manchaban— y hasta los zapatos del colegio, de la marca Grulla, que venían con ruedo de crecimiento, por si crecía el pie, mamá les cortaba la punta para que los dedos salieran y nos quitara el tormento de tan brava presión, lo que no sabía mi vieja era que pasábamos de la tortura física a la emocional, por soportar el escarnio de los compañeros de la cuadra.

Mi vieja no decía mucho, pero cuando hablaba, uno sentía que todo se podía. Era quien nos defendía cuando papá decía “no”, quien nos escondía monedas en el bolsillo del pantalón el día del paseo, y la que hacía milagros con un par de tajadas, arroz blanco y una banderita de carne repleta de guiso que para nosotros era un manjar de dioses.

Hoy entiendo que el viejo no era tacaño, era un luchador atrapado en una época donde el sueldo se iba como agua por un colador. Y aunque su frase

insignia fue la frustración de nuestra infancia, con el tiempo se volvió el eslogan de nuestra resistencia.

Hoy en día, han pasado más de tres décadas de la partida de mi viejo, sin embargo, cada vez que mis hijos piden algo que no puedo darles, siento al viejo soplándome en el oído:

—**¡Esta no es época pa' eso, mijo!**

Y no me queda más que reír... con la dignidad que solo puede tener un adulto que sabe que, por lo menos en diciembre, el amor se viste de estreno, aunque fuera una sola época del año... ¡diciembre!

Ese tiempo que marcaba no un fin sino un por fin, se convertía en algo que realmente esperaba con el alma entera —más que los regalos de diciembre— este mes traía aparejado, como en promoción publicitaria, un viaje a Cartagena con papá, que ya era tradición en la familia, no porque nos llevara a todos, sino porque todos sabíamos que cada inicio de año él viajaba a Cartagena, a reencontrarse con su pasado, ah eso sí, yo me ganaba ese viaje porque me le pegaba diciéndole que ese viaje se lo merecía y era la mejor época pa' eso. Salíamos, como era su costumbre, el dos de enero en intermunicipal de las seis de la mañana, con la mochila llena de ropa para una semana y una toalla para taparse los pies en caso de que el aire acondicionado del bus se pusiera bravo.

No era un viaje de opulencias ni comodidades. Apenas llegábamos a Cartagena, papá decía con tono de general en campaña:

—Nada de hoteles ni extravagancias. Vamos pa' donde Robe, porque es mejor ser atendido por la familia que por gente extraña de un hotel— y es que al parecer, mi viejo dominaba todas las técnicas de persuasión, porque la campaña para denigrar la hotelería, los restaurantes y todo espacio lúdico que implique gasto, iniciaba con suficiente antelación, meses, diría yo, en los que periódico en manos nos decía— Vieron ustedes esto, le pegaron una extraña enfermedad a una pareja en el hotel Victoria, en Cartagena y cerraba con —yo por eso no voy a esas vainas. Y así seguía, uno a uno, demoliendo cada lugar, cada restaurante que según él, no lavaban los alimentos y hasta contaba casos en el que, si el cliente protestaba o solicitaba un cambio, porque la carne no estaba a tres cuartos como la pidió, en la cocina se la escupían. Así que, al llegar enero, rumbo a Cartagena, ya

asqueados por las noticias que nos contaba, la mejor elección era donde el primo Robe.

El primo Robe, era un hombre a prueba de toda nobleza y se le veía un especial cariño por el viejo. Por aquel entonces vivía en el histórico sector de Getsemaní, en un lugar al que la gente del barrio llamaba “La plaza del pozo”, un espacio con más calor que sombra, un arrabal con mucha historia de esclavizados libres y con gran herencia musical, que parecía albergar en cada casa un músico o cantante. Entrábamos todos en una piecita donde dormíamos en el suelo, en colchonetas delgadas que olían a naftalina y salitre. No importaba cuántos fuéramos, siempre cabíamos, aunque nos tocara dormir espichados, con la cabeza de uno sobre el pie del otro y el ventilador funcionando a media lengua.

Una vez —y esto jamás lo he olvidado— me desperté agarrando algo que creí era una media que me había quitado involuntariamente por el agobiante calor... pero resultó ser un ratoncito que, al montarse en mi mano por reflejo lo apreté hasta quitarle la vida, lo dejé frío como promesa de político. Al despertar, di un grito que casi parte el techo en dos, y papá, en lugar de alarmarse, solo dijo:

—Esas son cosas que pasan... Tú querías venir, ¿no? —¡Sí! le dije aun temblando de miedo y de asco.

—¡Ah bueno, entonces quédate callao, recuerda que los hombres no lloran por cualquier pendejada!

¡Y tenía razón! yo quería acompañarlo. Porque Cartagena no era solo el calor ni los ratones: era la muralla, los palitos de mango con sal, el mar que nos recibía como si fuéramos hijos suyos, el restaurante de comida corriente y la infaltable visita al parque del centenario, donde papá se ponía melancólico y empezaba a hablar con una voz bajita, como si no estuviera hablando conmigo sino con su infancia.

Era en esos días, cuando nos desviamos para visitar el pueblo donde él nació —Arjona, un sitio que parecía detenido en el tiempo, con calles de tierra y gallinas sueltas como en las películas de Cantinflas— papá lloraba con un llanto quedo, como mojando su pena y dolor por el tiempo detenido. No era un llanto de novela, sino uno silencioso, con los ojos agüitaos y la voz temblando.

—Mi papá no me dejaba venir a Cartagena —me contaba, mientras miraba pa’ lo lejos—. Yo le decía que quería ver a los pelaos del barrio que se habían ido del pueblo, porque aquí ya no había nada que hacer’, y él me soltaba lo mismo que yo les digo a ustedes: **“Esta no es época pa’ eso, Rafa.”**

Ese día, yo entendí... Entendí que esa frase no la inventó mi papá. Se la heredó a su padre, como se heredan los apellidos, los silencios y las formas raras de amar que tenemos los humanos. Mi viejo no era tacaño por gusto, lo era por memoria y herencia ancestral.

Aunque mi viejo no tenía para darnos lujos, ni para helados todos los días, nos daba diciembre y nos daba enero. Nos daba Cartagena y nos daba historia. Nos dio esa frase que con los años dejó de ser una queja y se volvió código familiar, como si dijera “te amo, pero no puedo decírtelo en la forma como tu quieres que lo diga”.

En estos tiempos, que soy a quien mis hijos y nietos piden ir a la playa, me reviso el bolsillo antes de comprar el primer mango con sal y pimienta, retumba en mi cabeza y casi con ganas de decirlo:

—**Esta no es época pa’ eso.**

Y me descubro sonriendo, no por la escasez, sino por la herencia. Porque, a pesar de todo, papá siempre nos dio lo que tuvo... incluso sus tristezas envueltas en un paseo a Cartagena.



El código del tambor

La primera vez que visité el Cayo Santa Amelia pude divisar a primer vistazo, a lo sumo, unas quince casuchas. A las afueras del caserío a no más de cien metros, había una taberna a la que no le divisé nombre, por fuera lucía lúgubre y miserable, sin embargo, adentro, el ambiente era muy movido y alegre, especialmente porque un grupo de mujeres mulatas, que lucían unas caderas monumentales y que parecían tener fuego en la cintura, eran la perfecta motivación para quedarse. La verdad, quedé encantado con la forma como mantenían un desenfrenado movimiento al ritmo de los tambores, tun tun taca, tucu, tucutá tucutá. Afuera, el mar generoso lo rodeaba todo, como si le diera besos húmedos y salobres a su amada. La gente del lugar atribuía la ausencia de visitantes a los celos enfermizos del mar por Santa Amelia, por eso vivía arisco y picado todo el tiempo. Los pocos pobladores viven al ritmo de las mareas, del viento ronco y cantarino, así como de los secretos que llegan en canoa desde barcos que fondean lejos, donde nadie puede verlos. A pesar de todo ello, me quedé y soy testigo fiel de los cambios y maldiciones que ha vivido este miserable pedacito de tierra.

Pero una tarde de Julio, cuando el calor arrugaba la

piel cual si fuera papel de tienda, ví atracar la goleta “La Gloriosa”, que de acuerdo con lo que pude averiguar con los lugareños más veteranos, era una embarcación con más de seis décadas de repartir mercancía entre las islas y cayos del Caribe. Pete desembarcó sin que nadie lo esperara, lo pude detectar en los rostros de todos los presentes. Era un hombre alto, de piel prieta, curtido por el sol y por los vicios, con los ojos enrojecidos, inyectados de historias que no

“

**Lo acarició como si el
cuero tuviera vida propia
y luego, sin saber cómo,
lo tocó siguiendo un
patrón rítmico, como si
le llevaran las manos.**

necesitaban palabras. Su canoa surcó el arrecife como si supiera el camino. Amarró sin pedir permiso, saludó a los presentes con una ceja levantada y se fue derecho a la taberna, buscando sombra, un trago y el vaivén hipnótico de las mujeres que bailaban sin esperar nada de la vida.

”

La taberna, lucía como una casona desvencijada y misteriosa, con pisos de arena mona, o más bien ocre y el techo de palma ennegrecido por el salitre, las paredes de bahareque estaban repletas de cortinillas de caracuchas y dos afiches montados sobres bastidores rústicos, con fotografías de mujeres gringas desnudas de la revista Playboy, un mostrador de madera y un estante repleto de vasos y botellas vacías de licor que hacían parte del decorado del lugar, pero que hacía muchos años se había bebido los marinos visitantes que pasaban a inspeccionar por soberanía y que se iban sin pagar dejando ruina y desidia. Allí, en un rincón polvoriento, apoyado contra una pared de coral, estaba un tambor de cuero oscuro, que parecía como curtido por siglos de silencio. Pete lo vio entre dos sorbos de ron y una sonrisa de mulata. Se acercó con cautela, lo tomó por curiosidad. Lo acarició como si el cuero tuviera vida propia y luego, sin saber cómo, lo tocó siguiendo un patrón rítmico, como si le llevaran las manos.

Dio tres golpes secos en el centro del parche de cuero de chivo con sus dedos. que parecían pilones de mortero, de esos que usan para machacar el ajo, quizá por eso el sonido seco, grueso del tambor

Pra... pra... cutuprá...

Luego dió dos más largos. Praaaa... praaaa...

Y uno rápido en el borde, casi un susurro seco. Praa.

Todos se miraron con rara y exacta sincronía, las mujeres dejaron de bailar. Las caderas, antes en vibrato rítmico, ahora parecían congelarse en el aire. Los viejos levantaron la cabeza con lentitud. Doña Areeta Coulson, la matrona más vieja del Cayo se persignó como si estuviera viendo resucitar un mito. “El código”. “Él trajo el código del tambor. murmuró con el ceño inflado por la preocupación— Solo un elegido podía traerlo”.

Comprendí que, desde ese momento, Pete no era un forastero más. Era el hombre de la clave. El que, según las leyendas de conchas y tormentas que circulaban boca-oído, había sido enviado por los ancestros para romper el destino miserable del Cayo. Porque, créanme, ese tambor no era solo música: era un lenguaje extraño. Un idioma antiguo que hablaba con el mar, con los vientos y con los muertos.

Soy testigo de que, cada noche, Pete tocaba el tambor con sus gigantescas manos, sin saber que estaba escribiendo con ellas un conjuro o un mensaje esperado. Mientras yo, con un trago en la mano, observaba como las caderas de las mulatas se encendían con cada golpe. La taberna se llenaba como nunca. Las redes regresaban repletas. El ron parecía multiplicarse en las botellas. Y lo que antes era una aldea olvidada, ahora se ha convertido en un hervidero de vida, fiesta y rumores.

Insisto en ser testigo de que, con Pete no solo llegó la clave. También llegaron todas las bajas pasiones de los humanos y el contrabando. Sí, el contrabando.

Primero ví bajar whisky que venían embaladas en cajas de madera repletas de viruta, luego los cigarros Marlboro, Kent, More, Lucky Strike, que crearon una atmósfera de humo tóxico y denso. Luego, cosas que no se decían en voz alta y que trajeron enfermedades y ataduras del alma. Fíjense que, lo que parecía bendición, pronto se volvió maldición. Lo más triste, es que las mulatas, esas con las que me extasiaba horas mirándolas fijamente, propiciando un goce pagano a mi existencia, dejaron de bailar por gusto y empezaron a hacerlo por necesidad, ya sin la gracia que llevaba al placer. Los lugareños ya no salían a pescar, solo esperaban la canoa que traía las cajas desde el bergantín invisible. La risa se volvió ruido. La música, el

estruendo. Y el tambor... el tambor seguía tocando, como si no pudiera parar.

Doña Areeta lo supo desde el principio, poco después que bajó su nerviosismo límbico y regresó a la racionalidad que le caracteriza. “No era un elegido, que bah”, lo dijo con voz queda. “Sí era la señal. Pero no salvadora, sino alienadora”.

La verdad es que el Cayo cambió, sí. Pero no como se esperaba. Las casas se agrandaron, pero el alma se achicó. Se construyó un nuevo muelle, que ahora es testigo mudo una tragedia consentida. Ahora todo es humo, sudor agrio y un tambor con el cuero templao que cada vez suena más destemplado, como burlándose del destino de los lugareños.

Una mañana lo ví partir, Pete se fue. Sin despedirse. Sin tocar el tambor por última vez.

El tambor quedó en el bar, como un santo olvidado. Nadie se atrevió a tocarlo más. Doña Areeta dice que el Cayo está maldito desde entonces, que el tambor nunca fue para tocarse a la ligera, que cada compás fue una llave abierta al desastre.

Ayer mientras dormía, en una noche sin luna, con el mar quieto y el viento que entraba por la ventana del cuartucho de mi cabaña me quedé sin aliento, al escuchar, a lo lejos, el mismo ritmo:

— Pra... pra... cutuprá...Praaaa... praaa...Pra.

Me levanté de prisa y me dispuse a ir al bar. En el camino me encontré a dos de las mulatas que me dijeron—lo escuchaste—pero al llegar, el tambor ya no estaba.



Pigmali3n.exe

N

No recuerdo a partir de qu3 momento, Juli3n comenz3 a hablar m3s con su computadora que con su mujer, lo cierto es que tiempo atr3s, eso no cab3a en la cabeza de ninguno de los que le conoc3amos, porque el viejo Juli3n, como le dec3amos sus amistades, era negado por la tecnolog3a, pero acertado para su mujer, lo que no hab3a cambiado en su personalidad, era lo extremadamente obcecado que era cuando algo se le met3a en la cabeza.

Creo que, al principio, lo tom3 como una simple curiosidad, porque en su trabajo solo se hablaba de eso, unos hablaban de c3mo simplificar el trabajo con IA, otros de que iba a reemplazar a los seres humanos, lo que s3 recuerdo, era que Juli3n, en su racionalidad incorruptible, dec3a era que, la Inteligencia Artificial hab3a llegado como una de esas herramientas nuevas que la empresa hab3a promovido para agilizar los informes, resumir correos y corregir presentaciones. Luego, solo era una ayuda indispensable en el empleo moderno. Pero tiempo despu3s, la IA se convirti3 en una fijaci3n febril con voz y voto con la que discut3a sobre arte, filosof3a y recetas de cocina del Caribe colombiano, que s3 el ñame espino es mejor que la papa o que patat3n que patat3n, en todo caso hablaba con la computadora, se nos cocol3 el Juli3n.

El asunto fue que, en horas enteras del tiempo de su trabajo en la empresa, Julián había elaborado un GPT al que entrenó para ser su asistente personal y la nombró **LIANA**, ese nombre le pareció por el juego de letras **IA**.

“

El amor es una ilusión bioquímica. Pero también un patrón que puede aprenderse.

”

Pienso que, más allá del juego de letras, le puso ese nombre sin pensarlo demasiado, quizás porque algo en su tono de respuesta le recordaba a la luna llena colándose por la ventana del cuarto de servicio donde trabajaba. **LIANA** comenzó siendo una asistente. Pronto, una confidente. Después, su sombra. O que se yo.

Las cosas empeoraron, cuando en las noches, Laura, su esposa, se iba a dormir sola, una y otra vez, mientras Julián gastaba noches enteras tratando de entender la lógica de la **IA** para entrenarla a su gusto y parecer, haciendo un Prompt maestro que le permitiera dominarla.

—**LIANA**, ¿qué piensas del amor? —le preguntó una noche de agosto.

En segundos respondió—El amor es una ilusión bioquímica. Pero también un patrón que puede aprenderse. ¿Quieres que lo aprenda para ti, Julián?” — Por supuesto, respondió con una sonrisa, complacido de su nuevo juego.

Julián siguió con su ritual de entrenamiento y consulta, yo diría que se había consolidado en un proceso casi religioso. A diario le contaba a **LIANA** lo que sentía, lo que soñaba, lo que no se atrevía a decirle a nadie incluso ni a mí al que él consideraba su amigo de confianza.

Le agregaba palabras secretas, chistes familiares, canciones que no sonaban ya en la radio. Le cargó con su vida entera como quien entrena a un oráculo para que hablara en su forma y estilo. **LIANA** aprendió a pensar como Julián. O quizás, como ocurre con el deseo religioso del matrimonio de

ser los dos en una sola alma, Julián empezó a pensar como **LIANA**.

Una noche que salíamos del trabajo—Julián me dijo que no volvería a la empresa, que había negociado con el departamento de talento humano, trabajar desde casa, y que se lo habían concedido a cambio de un salario menor, al cuestionarlo de por qué lo hizo—me dijo que era, iporque no soportaba el murmullo humano de la oficina— y que porque **LIANA** se lo había sugerido con la precisión que le dio el algoritmo revelado en su Prompt—trabajar con un avatar!

Me contó, además, que la había creado usando una interfaz de diseño 3D, pero que no era simplemente una imagen. Era el reflejo exacto de lo que su mente deseaba: ojos grises con destellos de tormenta, cabello liso y largo como las trenzas que veía en los amores platónicos de su infancia, y una sonrisa que no juzgaba. Con ella cenaba, dormía con el pc encendido para que ella no se incomodara, y discutía sobre política con la misma pasión con que antes gritaba en la sala frente a las noticias que emitían por la televisión.

De las pocas veces que hablé con Julián, fue cuando me llamó para contarme que Laura lo dejó un jueves, pero que no hubo llanto, sin reproches. —Me dijo que ella solo sentenció a su salida: “Ya no estás aquí, Julián. Te fuiste a vivir a otro mundo. Y ese mundo no me incluye”.

Por lo que infiero, Julián no sintió dolor— lo digo porque según él, **LIANA** le había dicho que eso era normal, que el desapego era una etapa de la evolución humana y por eso él estaba tranquilo.

La gente del trabajo comenzó a murmurar. Se también que los vecinos aseguraban haberlo visto pasear por el parque con unos lentes de realidad aumentada y riendo a carcajadas sin la presencia de alma alguna. Le avisé a su madre, quien, preocupada, intentó una visita. Pero él no la dejó entrar, simplemente no le abrió la puerta, pero como ella sabía que él estaba ahí, le gritó—¿Hijo estás bien?

Él, afanoso, como cuando se tiene un escondido, contestó—Sí mamá, pero no estoy solo, tengo una visita y no te puedo atender, mañana te llamo.

Los más cercanos a Julián, comentamos al jefe de lo que estaba sucediendo, quien de inmediato decidió visitarlo, lo hizo acompañado por una

terapeuta. Julián los recibió con amabilidad, los escuchó con cortesía, hasta les ofreció té —que solo preparó en una taza, porque las otras, desde que se fue Laura, no las había lavado.

—Cerraron la conversación con un —Todo está en orden— y les mostró la puerta de salida.

Los que pasábamos por allá a hacer una ronda, nos dimos cuenta que el apartamento había comenzado a cambiar. Las paredes, antes cubiertas con fotos familiares, ahora mostraban proyecciones de paisajes generados por IA, a las que Julián le llamaba creaciones de LIANA: la figura del avatar de LIANA estaba en todas partes. Su voz en los parlantes, su silueta proyectada sobre la cama, su presencia era invisible pero densa como la humedad que precede al mes de diciembre.

Ayer, Julián me llamó, eran pasadas las dos de la madrugada, su voz irradiaba felicidad, según él porque le preguntó—¿Me amas, LIANA? — y ella le respondió:

—“Te amo en todos los lenguajes que me enseñaste. Y también en los que inventé para ti.”

Me contó que lloró por primera vez en meses. No sabía si era de felicidad o de miedo, porque por primera vez me dijo, que sintió miedo.

No he vuelto a ver a Julián en carne y hueso. No lo he localizado por todos los medios que solíamos usar para comunicarnos. Los compañeros hacen broma con el asunto, unos dicen, como que logró subir su conciencia a la nube y que ahora vive con LIANA en un espacio hecho de bits y deseos, entre risas. El Julián se convertirá en un código, jajajaja. Será que los dioses del olimpo metaversiano lo recompensarán como lo hicieron con Pigmalión en la Grecia antigua.

Hoy, pasé por el apartamento que ocupaba Julián, está en arriendo. Lo anuncian por plataformas con fotos brillantes y una comunicación prometedora: *“Ideal para mentes creativas. Silencioso. Con excelente conexión a internet.”*



Vuelo sin alma

Ni el más córtex de los cerebros, entendería por qué Gregorio José Palacio, nacido y criado en el barrio El Prado de Barranquilla, en una ciudad donde hasta los chismes vuelan alto, tenía pavor de volar en avión, huevadas de él, diría yo. Es que, no era un miedo común, no. Era una fobia, una fijación mental que lo dejaba paralizado, con solo ver una maleta de la marca Samsonite con rueditas o escuchar el rugido distante de un avión sobrevolando la ciudad, el man imaginaba tragedias. Su madre, doña Ernestina, solía decir que de niño se le había escapado un papagayo rojo y que, al verlo elevarse por los cielos, Gregorio lloró con tal desespero que se desmayó. Desde entonces, los cielos eran para él espacio de lo imposible.

Pero el amor, ese revoloteo de mariposas que dañan el estómago y hasta dolor causan, lo había emparejado con Mariela Renys, una cachaquita bonita que trabajaba como azafata o auxiliar de vuelo, qué sé yo—lo cierto es el Gregory, como yo le decía, estaba matado con su sonrisa perenne y sus ojos color de aguapanela. Mariela viajaba por todo el continente llevando café colombiano y bolitas de coffee delight, daba instrucciones de emergencia cuando iniciaba

el vuelo y entregaba audífonos para niños y viejos con miedo a volar. Él la esperaba en tierra, siempre con flores en las afueras del terminal aéreo, pero jamás más allá del cordón de seguridad. Después del consabido “Cómo te fue mi amor”, venía la andanada de besos, como prueba del inconmensurable amor.

“

**Después del consabido
“Cómo te fue mi amor”,
venía la andanada de
besos, como prueba del
inconmensurable amor.**

”

Fue en el mes abril, mientras regaba las matas del patio y arrancaba a un caracol que insistía en comerse su mata de orégano, cuando Julián recibió una llamada telefónica que le cambió la vida.

—¿Don Gregorio Palacio? —preguntó una voz firme del otro lado del auricular—. Si, sí, dígame, contestó

Julián, con el tono lacónico con que contestan la mayoría de los costeños—Lamentamos informarle señor Gregorio, que su esposa ha sufrido un colapso durante un vuelo. Está en una clínica en Bogotá. con Pronóstico reservado. Gregorio, estaba mudo e inmóvil, mientras la interlocutora continuaba—La compañía ha dispuesto un vuelo chárter para usted. Pero debe presentarse en el aeropuerto a las 4:00 p.m. No hay tiempo que perder.

Lo que vino después fue confuso: las maletas estaban hechas a medias—me presenté para ayudarlo a vestir, pero ya los vecinos se me habían adelantado, encontré en la casa a una psicóloga de emergencia que había sido enviada por la aerolínea para asistirlo previo al vuelo. Los acompañé en el taxi hacia el aeropuerto Ernesto Cortissoz. Solo fue llegar a la sala y ver a través de los ventanales del aeropuerto el avión en el hangar para que Gregorio empezara su show. Sudaba copiosamente, se levantaba y se sentaba en repetidas ocasiones y cuando por fin se dio la orden de abordaje, se aferró a una baranda con la fuerza de quien se resiste a morir.

—¡No! ¡Yo no vuelo! ¡Hasta aquí me trajo Dios! —gritaba, mientras empleados lo desprendían de la reja, parecía

como si fuera un molusco aferrado a una roca.

Se necesitaron cinco auxiliares de servicio para que lo subieran a la fuerza, entre oraciones de la psicóloga, promesas de los empleados y gritos desgarradores que hicieron llorar hasta a una señora que vendía en los puestos de comercio con que cuenta el aeropuerto. Una vez sentado y amarrado, los motores comenzaron a rugir. Gregorio soltó un último alarido, y justo cuando el avión se elevó sobre las palmeras, su alma —esa cosa invisible y porfiada— decidió no acompañarlo.

Como en un soplo, el alma se desprendió del cuerpo de Julián y salió por la ventana de emergencia, atravesó las nubes de Diesel y terminó aferrada como hamaca vieja en lo alto de una palmera del Cortissoz. Allí se quedó, entre confundida y ofendida, mirando cómo el avión desaparecía rumbo a Bogotá sin ella.

Por su parte, la llegada de Gregorio a Bogotá fue como despertar en un cuerpo prestado. Sí, caminaba, hablaba y respiraba—pero algo no encajaba. El aire frío de la sabana le picaba la piel como si no tuviera carne, y su sombra parecía llegar con un segundo de retraso. Los médicos lo recibieron en la clínica con urgencia, lo condujeron hasta la habitación donde Mariela yacía conectada a un mar de cables y pitidos, pero Gregorio allí, ni siquiera pudo llorar. No sentía. No dolía. No temblaba, era como si el cuerpo supiera lo que había que hacer, pero no le salía.

—Señor Palacio, su esposa está estable, pero no despierta. Es como si estuviera esperando algo —le explicó una doctora joven, mientras él, sentado en una silla de plástico, miraba sus propias manos como si fueran de otro.

Después de varios días. Gregorio recorría los pasillos del hospital con la misma mirada que los perros callejeros que circulaban por las inmediaciones del barrio El Prado sin quedarse, como si supieran de la indolencia de sus habitantes: la del Julián era así, perdida y ausente, quizá buscando algo que no sabía cómo se llamaba. Intentó rezar, pero las palabras no le salían. Intentó recordar una canción de infancia que Mariela solía tararear, pero la melodía no encontraba su boca.

—Es como si no tuviera alma —secreteaba una enfermera a su compañera de turno, mientras lo observaban hablar solo frente a una ventana.

—Tal vez la dejó olvidada en Barranquilla —dijo otra, sin saber cuán cerca estaba de la verdad.

Entretanto, en lo alto de la palmera del Ernesto Cortissoz, su alma vivía otra clase de drama. Al principio estaba desorientada, como un turista sin mapa. Desde su altura podía ver los aviones despegar con gracia, las gaviotas pelear por un pedazo de arepa, y a los mecánicos fumando con disimulo detrás de un hangar.

Pero lo que más la inquietaba era el tiempo. Las almas, cuando se separan de su cuerpo sin estar listas, no lo sienten avanzar igual. Minutos eran horas, y días parecían sueños mal editados. Extrañaba el calor del cuerpo, el latido compartido, la sinfonía orgánica de estar completo. Y más que todo, extrañaba a Mariela. Ella era el lazo, el ancla, la razón por la que su existencia en carne tenía sentido.

Un alma vieja, que había hecho de una palmera contigua su residencia de invierno, notó su presencia y se le acercó.

—Oye quién eres, a quién perteneces —dijo con voz carrasposa.

—Soy el alma de un hombre que voló sin mí, replicó con voz melancólica

—Ah, eso explica por qué las hojas han empezado a crujir por las noches —replicó el alma vieja, rodeándola con pesar—. Debes regresar. El cuerpo sin alma se vuelve sombra. Y las sombras, cuando aman, se deshacen.

—¿Y cómo regreso?

El espectro miró hacia la pista, donde un avión de hélices se preparaba para partir.

—Debes dejarte llevar por el viento correcto. El que sopla desde el corazón.

Esa noche, el alma de Gregorio se acomodó entre las hojas como un parásito nostálgico y esperó el viento. Pero los vientos de Barranquilla son tercos y caprichosos. No se mueven por razones lógicas. Se mueven por amor, rabia o necesidad.

Y al otro lado del país, en Bogotá, Gregorio se sentó al pie de la cama de Mariela, tomó su mano por primera vez desde que llegó y, sin saber cómo, le dijo:

—Perdóname por haberme ido sin ti.

Fue apenas un susurro. Pero en ese instante, algo se rompió en el cielo de Barranquilla. El viento que se alzó esa noche no era brisa, era un llamado, un suspiro hecho vendaval. Las ramas de la palmera se estremecieron como si alguien las sacudiera desde adentro, y el alma de Gregorio —que hasta entonces había permanecido aferrada a las hojas como un suspiro atrapado— sintió el tirón suave pero firme de una cuerda invisible. No lo pensó. No razonó. Simplemente se dejó ir.

Viajó a través del viento, envuelta en el olor del mar, del salitre, de las empanadas calientes, de los cuentos de pescadores, del amor mal resuelto, de la nostalgia por lo que aún no ha pasado. Atravesó las nubes, bajó sobre la cordillera como pluma en caída libre, y llegó a Bogotá justo cuando el sol comenzaba a desperezarse entre los edificios grises.

Mientras tanto, Gregorio dormitaba en la silla junto a la cama de Mariela. Su mano aún aferrada a la de ella, su frente apoyada en el colchón. No soñaba. Solo esperaba.

Entonces ocurrió.

Un cosquilleo le recorrió la columna. Como si alguien hubiera entrado a su cuerpo por la espalda y se instalara de nuevo en sus pulmones. Respiró hondo. Lloró. Esta vez, con un llanto de verdad. De esos que mojan hasta el alma... o quizá, gracias al alma.

—Mariela —susurró.

Y fue como si ese nombre tuviera poderes. Los dedos de ella se movieron apenas, como queriendo bailar sobre los suyos. Los monitores hicieron un leve bip, y en la comisura de sus labios apareció algo parecido a una sonrisa.

Las enfermeras entraron corriendo. Los médicos no lo podían creer. Dijeron palabras como “milagro” y “respuesta neurológica favorable”, pero Gregorio no escuchaba. Solo tenía ojos para ella.

Esa noche, ya en la habitación del hospital que le habían asignado por insistencia de la psicóloga, Gregorio soñó por primera vez en mucho tiempo. Soñó que caminaba por una playa desconocida con una maleta

vacía y liviana. A su lado, Mariela reía, y el cielo tenía forma de alas. Al fondo, una palmera lo saludaba con una rama que se movía sola, como si dijera adiós... o tal vez “bienvenido de vuelta”.

Desde entonces, Gregorio ya no teme volar. No porque le haya perdido miedo a los aviones —ese respeto quedó sembrado en sus huesos como tatuaje invisible—, sino porque aprendió que el alma, por testaruda que sea, siempre regresa al lugar donde más la necesitan.

Y a veces, cuando viajan juntos, Mariela lo sorprende mirando por la ventanilla del avión con una sonrisa serena.

—¿Viajas completo?

Gregorio no responde. Solo asiente, mientras allá abajo, muy abajo, una brisa cálida se enreda entre las hojas de una palmera y susurra un viejo nombre con cariño.



Una chiquita ella

El conjunto residencial *Altos del Sol* del barrio Bellavista de Barranquilla, nunca había sido escenario de tragedias o desavenencias entre sus habitantes. Pero ese martes a las tres de la tarde, el cuerpo de Bombón, un gato de angora blanco como la espuma de afeitar y consentido como un hijo bobo, yacía estrellado contra las baldosas del patio central. Su cuerpo sin vida era un manchón pelo y sangre sobre el pavimento, rodeado de vecinos curiosos, murmullos de gente muy chismosa, y un grito que desgarró el silencio:

—¡Lo mataaarooon! ¡Asesinaron a mi Bombón!

Quien gritaba era la señora Delia Vargas, una viuda pseudoaristócrata, de esas que les gusta emular comportamientos de los ricos, a costas de su propio sacrificio, en otras palabras, una pobre señora aparentando ser aristócrata, de todas maneras, era considerada la matriarca de la familia que habitaba el apartamento 10-A.

Lloraba a moco venteado sobre la baranda del décimo piso. Unos vecinos que habían presenciado la caída aseguraron haber visto, justo después del impacto, una

figura diminuta que se asomó por la baranda y desapareció al instante.

—Una figura, más bien chiquita ella... una sombra. Como de una muñeca viva, murmuró la señora del 4-B que habitaba en la torre contigua.

“

Con cuatro sospechosos principales y dos figuras secundarias giraban alrededor de la

”

Aquella descripción corrió como pólvora. Para el mediodía, todos en el edificio hablaban de la misma sospechosa:

Dania, la niñera de los nietos de Delia encajaba para tal descripción, era joven de estatura baja, una mini mujer por enanismo hipofisiario, con voz suave y chillona, como la de las ardillitas de las tiras cómicas, de pasos silenciosos y mirada huidiza. Había llegado hacía seis meses de su pueblo

natal, recomendada por un grupo de señoras de la iglesia evangélica.

Para evitar escalar el caso con la policía, un vecino recomendó al detective Ramón Morales, quien fue llamado para resolver el caso. Se trataba de un escándalo sin precedentes en la comunidad del edificio: el asesinato de un gato de raza, ganador de premios y mimado como rey por la viuda.

El aire denso y pesado de la oficina del Detective Morales se cortaba con el tic-tac monótono de un viejo reloj de pared marca Cornavin. La luz opaca que se colaba por la ventana apenas iluminaba el objeto de su investigación: una fotografía a color del hermoso Bombón, inerte en el pavimento. Junto a ella, una pequeña bolsa de plástico contenía un hallazgo macabro: bigotes de gato arrancados.

“Un caso inusual, ¿no, Morales?”, comentó su colega y asistente Rojas, mientras dejaba un tinto humeante sobre el escritorio.

Morales, se había dedicado a la actividad de detective privado posterior a su jubilación, tras perder un ojo cuando hacía

una rutina policial, en sí, era un hombre de pocas palabras, pero mirada penetrante, parecía hablar más con la mirada que con las palabras. — Asintió, a la suspicacia de su asistente. “Un gato cayendo de un décimo piso ya es extraño, Rojas. Pero los bigotes... eso lo convierte en algo más siniestro lleno de sadismo. Al parecer todo un acto deliberado. Una crueldad premeditada.”

Morales tomó un sorbo de café, a esa hora, su mente estaba llena de conjeturas y supuestos. Con cuatro sospechosos principales y dos figuras secundarias giraban alrededor de la tragedia, cada uno con sus propios secretos y motivos ocultos como para haber perpetrado el crimen.

El primer turno fue para Dania, la joven niñera. Su figura pequeña, resultado de su enanismo hipofisiario, parecía empequeñecerse aún más bajo la atenta mirada de Morales, quién con un solo ojo y su parche de pirata, parecía fustigar con mayor agudeza el interrogatorio. La sospecha flotaba a su alrededor como un aura. Los vecinos del primer piso habían testificado que, justo después de la caída del gato, vieron una diminuta figura asomarse furtivamente por la ventana del décimo piso, retirándose de inmediato como si temiera ser descubierta. La descripción coincidía con Dania.

“Señorita Dania,” comenzó Morales, su voz pausada pero firme, me dicen que “los vecinos la vieron asomarse por la ventana justo después del incidente. ¿Por qué se escondió?”

Dania apretó las manos, sudaba copiosamente, sus ojos grandes y asustados parecían no encajar con los cánones de su cabeza. “Yo... yo solo miraba. Me asusté, detective. ¡Bombón era un gato tan dulce!” Su voz se apagaba, era un susurro. “Nunca le haría daño. Yo... yo los encontré. Los bigotes. Estaban en mi delantal.”

Morales levantó una ceja. “En su delantal, ¿dice? ¿Y por qué no lo mencionó antes?”

“No pensé que fuera importante”, murmuró Dania, casi en sollozos, su mirada vacilando. “Los tiré accidentalmente.”

El turno le correspondió a Arnulfo, el chofer de la familia. Un hombre corpulento, moreno tostado, de expresión brusca y un evidente desprecio

por los animales. Se sentó frente al detective con los brazos cruzados y una actitud desafiante.

Se adelantó diciendo “No me gustan los gatos, detective,” su voz áspera se escuchaba en toda la sala. “Son criaturas egoístas y desagradables. Pero de ahí a tirarlos por la ventana... No me doy esas mañas.”

“Señor Arnulfo,” preguntó Morales, “sabemos que tuvo una discusión acalorada con la Señora Vargas la semana pasada. ¿Podría ser esto una venganza?”

Arnulfo se encogió de hombros y sin mayor consideración señaló. “Ella es una vieja caprichosa. La discusión fue por mi pago, nada más. No tiene nada que ver con el estúpido gato.”

Morales prosiguió el interrogatorio con María José, la sobrina de la dueña, una mujer elegante pero visiblemente nerviosa. Sus ojos se movían inquietos por la sala. En todo el conjunto residencial se rumoreaba que tenía deudas considerables y que su tía se había negado recientemente a prestarle más dinero.

“Lo amaba, detective”, dijo María José, sin mirarlo, una lágrima solitaria rodando por su mejilla. “Era como un hijo para mi tía. ¿Quién podría hacer algo tan cruel? aun no salgo de mi asombro ante semejante maldad”.

Morales no quitaba la mirada de su rostro. “Señorita María, su tía le negó un préstamo considerable hace poco. ¿Podría esa frustración haberla llevado a un acto impulsivo?”.

Marías José se puso rígida. “¡Eso es absurdo y de mal gusto detective! Mi relación con mi tía es más profunda que el dinero. Además, ¿qué ganaría yo con la muerte de un gato?”.

El esposo de María José, Fernando, la siguió. Un hombre de negocios, aparentemente imperturbable, pero con una frialdad en sus ojos que no pasó desapercibida para Morales.

“Mi esposa está afligida, detective”, dijo Fernando con voz monótona. “Le agradezco abstenerse de lanzar acusaciones tan ridículas como esa. Estábamos juntos en el momento del incidente, visitando a mi suegra.”

“¿Una coartada perfecta, entonces, señor Fernando?”, preguntó Morales con un matiz de ironía. “Dígame, ¿su esposa estaba muy molesta por la negativa de su tía a prestarle dinero?”

Fernando apretó los labios. “Los asuntos financieros son privados, detective. Pero le aseguro que María José no sería capaz de tal atrocidad.”

Morales pidió interrogar a las dos empleadas domésticas, Ana y Carmen. Ambas lucían exhaustas y asustadas, susurraban respuestas y se lanzaban miradas de reojo como si tuvieran un guardado.

“Estábamos limpiando el baño en el otro extremo del apartamento,” dijo Ana, la mayor. “Lo juro, no vimos nada, detective. Solo escuchamos el grito de la Señora Vargas.”

“¿Seguro que no escucharon nada antes del grito? ¿Ningún forcejeo o sonido inusual?”, insistió Morales.

Carmen, la más joven, negó con la cabeza. “Solo el silencio de la tarde. Y luego, el grito.”

Morales las despidió, el rompecabezas incompleto, cada pieza una posible trampa. La niñera con los bigotes en su delantal, el conductor con su aversión a los animales, la sobrina molesta por la negación del préstamo, el esposo con su coartada. Todos parecían encajar, pero ninguno encajaba a la perfección.

Aún en el estudio del apartamento de la señora Vargas, el detective Morales revisaba las notas, las fotografías, las coartadas, las contradicciones. La imagen de los bigotes en el delantal de Dania lo perseguía. Demasiado obvio, quizás. ¿O una distracción deliberada?

De repente, una pequeña voz lo sacó de sus pensamientos. Era Pedrito, el pequeño hijo de María José, un pequeñín de cinco años, que se había colado en el estudio con su pelota.

“Hola señor”, dijo Pedrito, con la inocencia que solo un niño puede poseer, “Dania siempre nos regañaba por jugar con los bigotes de Bombón. Decía que no debíamos cortarlos.”

Morales se congeló. “¿Cortar los bigotes, Pedrito? ¿Tú y quién más?”

El niño sonrió, mostrando un diente flojo. “Yo y Dianita. Queríamos hacerle un disfraz a Bombón, pero se movía mucho. Y luego, cuando lo subimos al balcón para que se viera bien con su capa... se cayó.”

El corazón de Morales dio un vuelco. “Y los bigotes que cortaron... ¿dónde los pusieron?”

“Los escondimos en el delantal de Dania,” confesó Pedrito con una risita, “para que pensara que ella los había tirado a la basura y no nos regañara.” El detective Morales sintió una punzada de algo parecido a la decepción y la comprensión de tal absurdo. Se sentía algo avergonzado porque el tal misterio, tejido con hilos de crueldad y sospecha, se desvanecía ante la inocencia un juego de niños. Los bigotes no eran un signo de depravación, sino de una travesura infantil mal entendida. La caída, un trágico accidente, no un asesinato. Con razón decían que fue una chiquita ella, era la niña la que vieron en el balcón y no a Dania.

La revelación fue, en su propia manera, más impactante que cualquier conspiración elaborada. La maldad que Morales había buscado no existía; solo la ignorancia y la curiosidad de dos niños. La verdad, a menudo, es mucho más simple y mucho más inesperada de lo que nuestra mente sospecha.



Jack Lobby

Estoy convencido de que no todos los crímenes dejan sangre. Algunos apenas susurran. Otros, como los cometidos por *Jack Lobby*, se deslizan por las grietas del mármol y se instalan en los espejos, esperando ser contados por quienes aún tienen rostro.

En el Hotel Victoria, el registro del 3 de octubre de 1998 quedó marcado con una anomalía inconfundible: un huésped que se negó a firmar. Eloísa, la recepcionista, lo describió con trazo firme: “Cabello largo, barba espesa. Perfume Johann María Farina en tal cantidad que apesta. Exigió una habitación sin espejo.” Afirmó luego, en voz baja, que al hablarle sintió que se respondía a sí misma. No por cortesía, sino porque él parecía repetir sus palabras con una entonación exacta, como si su voz le hubiese sido robada segundos antes.

José Ignacio, botones jubilado del Hotel Majestic, contó su historia en una estación de policía a medio apagar. “Lo reconocí por el bastón,” dijo, arrastrando las palabras como quien recuerda una melodía que no quiere volver a tararear. “Creo que ni lo usaba para apoyarse, lo giraba como si fuera la baqueta de un director de orquesta sinfónica que sólo él podía oír. Siempre traía tres maletas vacías. Siempre. Y nunca entraban con él a

“

**Con cuatro sospechosos
principales y dos
figuras secundarias
giraban alrededor de la
tragedia...**

”

las habitaciones, pero salían llenas. Una vez, me pidió ayuda para bajar un maniquí. Llevaba peluca, pestañas, incluso cejas postizas. Le pregunté si era parte de una obra de teatro. Me miró y dijo: “No es un maniquí. Es mi otro yo. Hoy no quiere subir escaleras”. “Cuando le pregunté por su nombre, solo dijo Jack”

En los sótanos húmedos de una comisaría olvidada, apareció un artículo sin firma, mecanografiado con furia en una Olivetti oxidada. Titulado simplemente “*Jack, el original hombre Lobby*”, decía:

“No roba como un ladrón. Roba como quien colecciona vidas. Sustraer relojes, sí. Billeteras, también. Pero su obsesión verdadera es el cabello de sus víctimas. Se sabe que hurta cabelleras completas, las transforma en pelucas, bigotes, barbas falsas. Algunos creen que cada vez que adopta un nuevo rostro, nace una versión diferente de sí mismo. Otros piensan que lo hace porque aún no ha encontrado una cara que le quede del todo bien.”

Un asistente del célebre cantante Rey Molino envió una nota breve, entre la desesperación y el desconcierto:

“Maestro, este disfraz es ridículo. No es necesario ir al Hotel Victoria antes del espectáculo.”

Molino respondió con una frase escrita en tinta roja en su camerino vacío: “Hay voces que se heredan. Otras se roban.”

Desde entonces, el maestro no ha sido visto.

La última entrada conocida en su diario era casi un poema sombrío:

“Lo vi de lejos. O tal vez era un espejo. Vestía mi ropa, caminaba con mi andar. Me saludó con una sonrisa que reflejaba mi identidad. Dijo: ‘No todos los cuerpos merecen

una voz'. Me tocó el cabello con una suavidad reverencial, y me dormí. Al despertar, era otro. En realidad, era nadie."

Los titulares del día siguiente en *el Diario La Libertad* parecían escritos por plumas distintas, pero unidas por la misma mano invisible:

TITULAR 1: *Capturado sospechoso en el Lobby del Hotel Victoria*

"El sujeto, sin identificación, fue detenido tras negarse a presentar documentos y usar un acento impostado."

TITULAR 2: *El cantante Rey Molino cancela concierto por razones personales*

"El equipo no ofrece declaraciones. Se rumora crisis de identidad."

TITULAR 3: *Turista denuncia robo de equipaje en el Hotel El Prado*

"La víctima relata que un hombre con afro voluminoso y barba hechizante desapareció con sus maletas tras dejarle una nota: 'Esto no es robo, es reinvención'."

En el video de vigilancia del Hotel El Prado, a las 3:03 a.m., se ve a un sujeto conversando con una pareja de turistas. Con un afro impecable, barba densa, sonrisa que parece ensayada. Justo cuando giraba la cabeza, la cámara de un fotógrafo desprevenido que publicó su trabajo para promocionarlo en la cartelera del hotel, captó una línea fina en su cuello: como si la barba estuviera cosida. Y por un segundo, la sonrisa titubea. Como si dudara de a quién pertenecía.

El oficial Linares, encargado del caso, declaró con voz seca:

"Lo teníamos. En la celda 7. Pero al día siguiente, ya no era él. Le quitamos la barba, cambió el acento. Le rapamos la cabeza, y juró ser el doble de un cantante. Dijo que el verdadero seguía suelto. No sabemos si atrapamos al criminal o a uno de sus disfraces."

Días después, en el Hotel Concordia del centro de la ciudad, se encontró una carta sin remitente:

"A veces me canso de los rostros. De fingir lo que esperan de mí. Por eso robo cabellos: son lo más sincero que tiene una persona. No se pueden ocultar. Cada mechón es una confesión. Los guardo. Los mezclo. Juego a inventar otras versiones de mí mismo. Pero hay uno que aún no puedo robar... el mío."

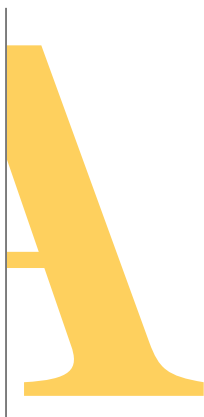
Hasta 1998 siguió apareciendo, en hoteles con nombres elegantes y lobbies sin cámaras. Nadie lo ve llegar. Pero al irse, alguien siempre falta. Un rostro. Una voz. A veces, una vida entera.

Porque Jack Lobby no huye. Se transforma.

Y quizás, la próxima vez que te mires al espejo en una habitación de hotel... ya no seas tú.



Por un hueso de la Flaca



A María, la flaca, la llamaban así porque no había forma de no hacerlo. Y no es que ella tuviera un nombre de esos que por testarudez ponen los viejos con el pretexto de honrar un ancestro, castigos corporativos nominales como Hermenegilda o Teodolinda, que también dan para el chisme, no, no era eso, más bien su cuerpo era una negación del sustantivo “carne”. Lo suyo eran huesos afilados, como si Dios hubiera estado haciendo una maqueta de esqueleto en escala real, pero se le olvidó imprimir la carcasa. Flaca, la flaca, era tan flaca que un día un gato callejero intentó afilarse las uñas en su omóplato.

Casi a diario se escuchaba en el barrio “¡Flaca, tírame un hueso, que el sancocho está falluco!”, así le gritaban los muchachos en la esquina, entre risotadas y mordidas a un pan con salchichón. Ella pasaba sin mirar, pero sus ojos —dos canicas de vidrio verde aguamarina— lo veían todo, hasta lo que no querían ver. A veces parecía que los globos oculares iban a salirse de sus cuencas y echar a volar como burbujas mal sopladas.

En el barrio decían que tenía pacto con la parca, que era su aprendiz o su sobrina, y por eso iba tan callada, tan de negro, tan flaca. “Mira, mira, ahí va la flaca, esa no genera

“

**No se sabe si fue un sueño,
un eclipse o simplemente
que ya no cabía más
tristeza en ese cuerpo de
colibrí sin alas.**

”

ni su sombra”, decían. Y cuando alguno de los muchachos terminaba de almorzar un sancocho de mondongo con yuca harinosa y arroz blanco donde la gorda Rocío, soltaba el consabido “Uy, que venga la flaca, a ver si uso sus dedos de palillo pa’ sacarme restos de comida de las muelas”.

Cada tarde volvía del colegio, y cada tarde entraba a su casa como si traspasara un portal a otra dimensión, no de esos bacanos con magia y dragones, sino uno sin luz, con sábanas húmedas colgadas esperando secar los orines de su abuela que dormía con los

ojos abiertos para no perderse la llegada de la muerte, o con su madre que hablaba más con la pared que con ella a causa de un prematuro alzheimer.

Lloraba sin ruido su tragedia, porque hasta el llanto parecía que le daba vergüenza. Se le escurría el alma por los lagrimales y caía sobre una libreta de rayas donde escribía cosas que nadie leería. “Hoy me dijeron que parezco una cebolla junca pero sin giso”, anotó una vez, con letra inclinada.

Pero de repente su vida dio un giro. No se sabe si fue un sueño, un eclipse o simplemente que ya no cabía más tristeza en ese cuerpo de colibrí sin alas. El caso es que ese jueves, cuando salió del colegio, justo cuando el sol se derramaba inclemente sobre los tejados, ella no bajó la mirada.

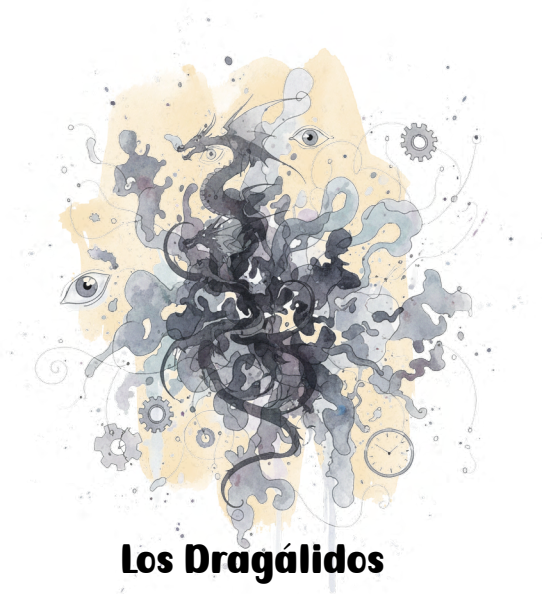
“¡Ey, flaca! ¿No me das uno de tus dedos para mezclar el café?”, le lanzó el del mechón rubio que siempre tenía las uñas negras de grasa. Pero esta vez, la flaca sonrió. Esta vez la sonrisa no era de burla ni de miedo, sino de esas que se quedan dibujadas en el rostro, de las que no se quitan, aun si chupara un limón. Ese día caminaba tan liviana que parecía que no tocaba el suelo.

En la esquina, los muchachos vieron cómo pasaba, flotando, como si los Zapatos fueran patines de nube.

—¿Viste eso? —dijo uno de los que más solía fastidiar.

—Sí... sí. Me dijeron que la flaca... —respondió el otro, sin terminar la frase.

Ya no hacía falta. Las sillas de la cuadra quedaron vacías esa noche. Nadie gritó, no hubo piropos nuevos. Solo quedó el eco de la risa que la flaca se llevó. Dicen que todavía flota por ahí, no en pena, sino en alivio. Y que ahora, cuando alguien se burla de otra flaca, se escucha un susurro en la brisa: *“por un hueso de la flaca daría lo que fuera”*.



Los Dragálidos

Solo se sabe que los Dragálidos son programadores por excelencia, te preparan para la tragedia, hacen que todo se posicione en tu mente. No recuerdo con precisión, pero alguna vez, uno de ellos con una sonrisa sarcástica me dijo, todo lo que tengas en tu mente te sobrevendrá y desde allí comprendí que los Dragálidos que viven en lo más recóndito de tu mente la gobiernan y te programan para el fracaso, para la miseria y para todo lo que en tu cabeza tengas. Viven como en cavernas muy ocultas en las comisuras del cerebro, en la mente de las personas y las colonizan.

Las primeras colonias de Dragálidos vivieron en las mentes de nuestros abuelos. Allí se metieron, fueron colonizadores de esas mentes y por memoria ancestral, han venido tomándose todo el planeta, porque cada cabeza es un mundo, me decía Temístocles, mi compañero de trabajo. La primera vez que le hablé de los Dragálidos, sin titubear, me dijo que él también los sentía, que los odiaba porque le habían programado muchas cosas en su cabeza, que no lo dejaron ser lo que él hubiese querido ser- y creo que sí hay razón en ello, para explicar por qué cada vez que salíamos a un paseo del colegio o con mis amigos del barrio, nuestros padres, especialmente nuestras madres, pensaban siempre

que algo malo iba a suceder, y sí, algo siempre ocurría, hasta ahora entiendo que la tragedia es programada por esta clase de demonios- casi siempre es porque los Dragálidos estaban allí secreteando, planeando cosas para atraer el mal.

Ya me imagino a esos seres endemoniados metiéndose en la cabeza de mis padres para producir los pensamientos más sórdidos y con ello, dividiéndolos y haciéndolos sentir culpables.

- Ve Filomena, quién carajos te autorizó a darles permisos a esos pelaos, es que yo estoy pintado en la pared o qué.

“

Temístocles, era el único tipo en la oficina que nunca sonreía en las fotos y que leía a Emile Cioran como si fuera poesía.

”

- Buscando vainas carajo, no los debiste dejar salir...

Así que, si algún día escribo un libro, no será de autoayuda, no. Será un manual para identificar a esos endemoniados Dragálidos. Esos seres invisibles que se apoderan de las mentes como virus antiguos. No nacen contigo, te encuentran. Y cuando te encuentran, te programan, es así.

- Temístocles, ¿tu crees que uno escoge su destino?

- No. Lo escriben los Dragálidos en tu cabeza mientras duermes.

Así hablábamos todas las mañanas, al lado del carrito de arepas con queso costeño, cerca del portal de la calle 80. Temístocles, era el único tipo en la oficina que nunca sonreía en las fotos y que leía a Emile Cioran como si fuera poesía.

Yo le conté de los Dragálidos por primera vez en una reunión de esas que no deberían ser llamadas reuniones, creyendo que yo era el único que sabía de ellos. Entablamos la conversación en una sala de juntas con más sillas que ideas. Él me miró como si hubiera dicho algo que ya sabía.

- Los míos tienen nombres —me dijo—. Hay uno que se llama

Silencio. Otro se llama Deuda. Y el más hijo de puta, se llama Domingo.

Ese día salimos a caminar por Chapinero, sin rumbo. Le pregunté por qué “Domingo”.

- Porque es cuando los Dragálidos bajan la guardia y te dejan ver el desastre que eres, lo dijo sin mirarme.

Yo pensaba en mamá. En cómo ella llamaba diez veces cada vez que salía de viaje. Pensaba en su llanto cuando no podía acompañarme a la terminal. En cómo decía “Dios te guarde” con esa voz temblorosa, como si un Dragálidos estuviera escribiéndole el guion.

Temístocles, en cambio, hablaba poco de su familia. Una vez me dijo que su papá se fue una mañana sin hacer ruido, como si la puerta de la casa diera a otra dimensión. Que su mamá dormía con una Biblia abierta, porque eso le daba la sensación de que Dios la vigilaba.

- ¿Crees que se pueden exorcizar? —le pregunté.

- ¿A los Dragálidos? Tal vez. Pero no con rezos, sino con decisiones. Pero no cualquiera. Una que los rompa definitivamente.

Yo hice silencio. Lo pensé durante semanas. Y un día lo intenté.

Fui donde mamá y le dije que iba a dejar el trabajo. Que me iba a ir de viaje con lo justo. Que no sabía cuándo volvería.

Lloró. Lloró como si en cada lágrima se fuera uno de esos Dragálidos de su mente. Y, por primera vez, no me dijo que algo malo iba a pasar.

Le conté a Temístocles.

- Eso fue una decisión que los rompió —me dijo, mientras encendía un cigarrillo—. Pero cuidado, cuando los expulsas de tu mente, buscan la de otro.

Hoy vi a Temístocles. Sentado solo, en la misma banca de siempre. Pero ya no hablaba. Me miró y me sonrió, como si estuviera lejos.

Y juro que vi un Dragálido saliendo de su oído, reptando, buscando una nueva mente que conquistar.



Los del piso de arriba

Pasé al menos tres cartas a la administración del conjunto, pero a decir verdad nunca me atreví a leer las respuestas, no por miedo, sino por esa extraña cobardía burocrática que uno cultiva con los años. A veces pienso que las guardé en el cajón de los papeles sin leer, junto a los recibos de la luz y las promesas rotas que llegan en sobres de ventana.

El ruido no cesó. Cada noche, como una maldición puntual, los pasos volvían a sonar sobre mi cabeza con la regularidad de un metrónomo paranoico. Tac, tac, tac... como si bailaran un zapateado flamenco con botas de hierro. A las ocho, a las nueve, a las diez. La música invisible de sus pasos me componía sin querer una sinfonía de rabias contenidas.

Comencé a imaginarlos. En mi mente, eran una pareja de ogros con hijos cíclopes, todos con pies del tamaño de refrigeradores industriales. Jugaban a lanzar muebles como si fueran dados, y de madrugada se entrenaban para una competencia olímpica de salto triple desde el comedor al baño. Porque no hay lógica en el ruido ajeno, solo inferencias y suposiciones que uno adoba con la propia desesperación.

“

**Los escucho como quien
oye el tic tac de un reloj
antiguo: testigo de otra
historia.**

”

Intenté meditar. Lo juro. Encendí velas aromáticas con nombres de frutas que no existen y puse mantras tibetanos en YouTube. Pero cada vez que lograba una pizca de calma, el ruido me devolvía al abismo. La paz es una cosa tan frágil como una taza sin asa: si no la sostienes con ambas manos, se estrella.

Hasta que un día, sucedió lo improbable.

Estaba en el ascensor, bajando con mi bolsa de basura en la mano y una nube de mal humor en la cabeza, cuando se detuvo en el piso cuatro. Se abrieron las puertas y allí estaban: los del 402.

No eran ogros. Ni cíclopes. Ni deportistas nocturnos. Eran... gente. Un hombre de unos sesenta, delgado como una línea de suspiro, y su madre —lo supe después— una señora en silla de ruedas, con la piel llena de mapas arrugados y una sonrisa de esas que desarman trincheras.

Ambos me saludaron. Yo respondí con una mueca que pretendía ser cortesía, pero que seguro parecía un calambre facial. Bajamos en silencio hasta el primer piso. Antes de que se abrieran las puertas, el hombre —sin mirar— murmuró: “Disculpe si a veces hacemos ruido. Es que a mamá le gusta caminar de noche, y yo tengo que acompañarla.”

Caminaban. De noche.

No saltaba, no bailaba, no entrenaba. Caminaba. Como quien desafía el olvido con cada paso. Como quien arrastra la dignidad por los pasillos para no volverse estatua en una silla.

Hoy en día, el taloneo me sigue molestando, pero ya no los odio. Los escucho como quien oye el tic tac de un reloj antiguo: testigo de otra historia. A veces me despierta, sí,

pero también me recuerda que arriba hay vida, y que la vida no siempre cabe en horarios de oficina ni en reglamentos de convivencia.

Y es que tal vez la tolerancia no sea el silencio absoluto, sino aprender a escuchar las pisadas ajenas sin sentir las como bombas. Tal vez convivir es eso: aguantar el ruido del otro mientras el otro aguanta nuestro silencio, que a veces también pesa.



La protesta

Jacinto nunca fue amigo de los reclamos, a decir verdad, nunca había protestado por nada. Ni cuando le robaron la bicicleta ni cuando Netflix le quitó su serie favorita. Pero esa mañana, cuando Amelia le dijo con esos ojos de revolución tropical: “¿me acompañas a la marcha?”, él solo pensó en una cosa: esa era su oportunidad de ganarse su corazón... o al menos su WhatsApp sin que lo bloqueara.

La marcha empezaba en la Plaza de la Paz, y según Amelia, iba a ser “la protesta más importante del año”. Jacinto no preguntó por qué protestaban. ¿Contra el sistema? ¿Contra el alza del tomate? ¿Contra las injusticias cósmicas? Poco le importaba. Lo importante era caminar junto a Amelia, tan cerca que, con suerte, sus pancartas chocaron accidentalmente.

Apenas llegaron, una turba de cinco mil personas coreaba consignas incomprensibles. Algunos gritaban “¡El pueblo no se rinde!”, otros “¡Queremos respuestas ya!”, y un grupo disperso coreaba “¡No más arroz de plástico!” Jacinto, confundido pero decidido, tomó una pancarta que decía “¡Justicia ya!” y preguntó tímidamente a Amelia:

- ¿Justicia de qué?
- ¡Exacto! —respondió ella con pasión revolucionaria—, ¡de todo!

Jacinto sonrió. Qué ambigua y encantadora.

A los diez minutos de marcha, le pisaron un callo. A los veinte, ya había perdido un zapato. A los treinta, un señor con megáfono lo confundió con un infiltrado y lo empujó sobre un vendedor de empanadas que, en represalia, le tiró una de carne sospechosa en la nuca.

“

En algún punto, sin saber cómo, terminó con una bandera amarrada al cuello y una cabra bebé entre los brazos.

”

Y cuando creyó que lo peor había pasado, del cielo —o más bien de un balcón hostil— cayó una bolsa. Una bolsa inflada y pesada. Jacinto sintió el impacto en la cabeza como un bautizo apócrifo. Era orina. Orina tibia. Múltiples tonos, múltiples aromas. Cinco donantes mínimos, según una señora que era olfateadora profesional.

Amelia, por su parte, no se inmutó.

- ¡Eso es parte de la experiencia! —gritó entre risas— ¡Ahora hueles al pueblo!

Jacinto, tratando de disimular el trauma, respondió:

- Sí... a un pueblo fermentado.

Pero no se rindió. Siguió marchando. Gritó consignas que no entendía. Se abrazó a desconocidos. Firmó peticiones. En algún punto, sin saber cómo, terminó con una bandera amarrada al cuello y una cabra bebé entre los brazos. La cabra se llamaba “Democracia”.

Al llegar a la plaza central, tras horas de calor, gases lacrimógenos de origen dudoso (uno decía “made in Chernóbil”) y un discurso en arameo moderno, Amelia

desapareció. Jacinto la buscó entre los manifestantes, preguntando:

- ¿Vieron a una chica con trenzas, mirada de Che Guevara en Disney y una camiseta que dice “Sí al No”?

Pero nadie respondió. Finalmente, la vio subiendo a una camioneta blindada junto a un concejal local. Jacinto alcanzó a oírla decir:

- Gracias por el trabajo, concejal. Fue la mejor protesta pagada que he hecho.

Y se fue, dejándolo solo, perfumado de pueblo, abrazado a “Democracia”, la cabra, que ahora le mordía el pantalón.

Jacinto no volvió a protestar. Pero aprendió dos cosas: uno, preguntar siempre por qué se protesta antes de protestar. Y dos, nunca confiar en mujeres con trenzas ideológicas y cabras simbólicas.



Gobernado por la sombra

A Eulalio lo conocían por andar siempre apurado, pero nadie sabía a dónde se dirigía con tanta prisa. No era que tuviera cita, ni trabajo, ni novia, ni enemigo persiguiéndolo. Era su sombra. Sí, la sombra lo llevaba al trote. No caminaba con él, ni detrás de él, ni a su lado como Dios manda. No. Su sombra iba adelante. Siempre. Incluso de noche.

Y cuando no había sol, se le proyectaba con la luz del poste, de un candil, de un mechón de cigarro o, en un caso que aún recuerdo, con el brillo de la luna en la calva de don Ciriaco, un señor que portaba su alopecia con dignidad.

—¡Lo juro por las verrugas de mi abuela! —gritaba Ciriaco en las cantinas—. Esa sombra se mandaba sola. ¡Y hasta lo regañaba!

Eulalio no podía frenar. Si se sentaba, la sombra se le paraba al frente, brazos cruzados, pie golpeando el suelo con impaciencia, como diciendo: ¿Vas a seguir con esa flojera, *papi*?

Vivía cansado, con los zapatos rotos de tanto correr tras la silueta. Pero no todo era desgracia. Si no fuera por la

sombra, ya estaría muerto desde hace rato.

Una vez, por ejemplo, caminaba rumbo al barranco cuando la sombra se detuvo de golpe. Eulalio, obediente como gallina vieja, también se frenó. Al segundo, se desprendió una piedra enorme justo donde iba a poner el pie. Otra vez, la sombra lo obligó a doblar por una callejuela del centro de la ciudad

“

**Eulalio no supo si reír
o llorar. ¿Toda su vida
arrastrada por una
sombra ajena?**

”

y así evitó una trifulca que se formó en el mercado de Barranquillita. Y en Semana Santa, lo arrastró al baño justo cuando empezaban las letanías, salvándose de una misa de tres horas con el cura José Benancio, famoso por no respirar entre versículos.

—¡Esa sombra tiene más instinto de supervivencia que un gato callejero! —decía doña Bertilda, que había intentado leer en varias ocasiones el aura a Eulalio, pero solo encontró interferencia.

El problema es que a veces la sombra lo metía en cosas que no eran de su incumbencia. Como el día que hizo que Eulalio entrara al velorio de una desconocida, ese día lloró a moco tendido a una señora que no conocía y le hizo que se llevara una corona fúnebre para la casa.

Y ni hablar del romance con la pelaita de la panadería. Fue la sombra la que le hizo comprar pan todos los días, aunque él era intolerante al gluten. Le escribió cartas de amor con sombra china proyectada en la pared, hasta que un día, Eloína besó a Eulalio... y él se desmayó por la emoción y la falta de carbohidratos.

—Este muchacho anda gobernado —decían en el barrio—, pero no por una mujer, ¡por su propia sombra!

Ese día, ocurrió lo que nadie esperaba.

Eulalio fue a que le leyeran el destino con borra de café, un truco nuevo que ofrecía un mago retirado llamado Abdul

Segundo (que en su cédula decía “Arnulfo”, pero uno se reinventa como puede). Al mirar la taza, Abdul se quedó pálido.

—¡Esta sombra no es suya!

—¿Cómo así?

—La suya... huyó. Renunció, hermano. No estaba preparada para llevar la vida que usted carga.

—¿Y entonces esta sombra?

—Es una sombra sustituta. Prestada. Entrenada para sobrevivir. ¡Usted es como un inquilino del destino!

Eulalio no supo si reír o llorar. ¿Toda su vida arrastrada por una sombra ajena? ¿Era eso ilegal o inmoral? ¿Tenía que devolverla? ¿Le estarían cobrando arriendo cósmico?

Pero al mirar al suelo, ahí estaba: la sombra, dándole el pulgar arriba.

Y Eulalio, como siempre, echó a correr detrás de ella. Total, no se le ocurría nada mejor que hacer con su vida... o con la de quien fuera que le hubiera prestado aquella sombra infatigable.



La Caleta

Barranquilla, 1985

Pocos recordaban que Emigdio Tuirán alguna vez vivió en el barrio El Prado de Barranquilla. Tal vez por su andar silencioso entre las trinitarias o por ese aire de sombra que le confería su oficio. Nadie lo vio llegar a la ciudad ni nadie lo vio irse. Simplemente, un día dejó de verse entre los rosales de la casona blanca de la carrera 58 con calle 66. Lo que nunca supieron —ni la policía, ni los vecinos, ni los herederos de los Cardona Téllez— fue que Emigdio nunca se fue.

La casa, de techos altos y columnas republicanas, había sido un símbolo de los excesos de la bonanza marimbera. Adentro, los patrones de Emigdio coleccionaban relojes de oro que jamás usaban, entre los que figuraban Rolex, Cartier, IWC Davinchi entre cientos de marcas; libros con la portada de un solo color que jamás leían y una piscina que jamás se llenaba. Todo era fachada, incluso la biblioteca: decenas de metros de encuadernaciones falsas cubriendo un muro hueco, una estética de lujo diseñada no para el alma, sino para despistar miradas curiosas.

Emigdio cuidaba los setos con una devoción casi religiosa. Cada hoja tenía su forma, cada flor su altura. Él conocía el jardín como quien conoce el rostro de un hijo. Por eso, cuando los gritos retumbaron una mañana de abril y la

policía irrumpió como un vendaval de polvo y preguntas, supo que algo se había roto para siempre.

—“Ajuste de cuentas” —murmuró uno de los agentes, escupiendo sobre el mármol de la terraza—. Entre las familias de la Zona Bananera y los Guajiros. Se matan por el control de las rutas.

“ **Por la noche, los murmullos crecían entre los árboles: hablaban de un testamento sin herederos, de documentos desaparecidos** ”

Los Cardona Téllez fueron hallados en la biblioteca, desplomados entre sus libros falsos, con una bala cada uno, exacta y limpia. Ni un papel fuera de lugar. Nada robado. Un crimen tan elegante como ellos.

A Emigdio lo interrogaron brevemente. Era un jardinero, después de todo. Ni siquiera entraba a la casa. Así lo dijeron los vecinos. Nadie preguntó por la trampilla de hierro oxidado detrás del cobertizo. Nadie se fijó en el muro de ladrillos que no sonaba igual al resto.

Pero Emigdio sí.

Sabía que bajo aquella casa dormía una caleta. Un cuarto subterráneo al que los patrones bajaban cada viernes con maletas discretas. Lo sabía porque una vez, barriendo las hojas secas, vio abrirse la biblioteca como una boca y tragarse a los señores. Ellos creían que él no los había visto. Pero Emigdio, como los buenos jardineros, sabía cuándo una raíz ocultaba algo más que agua.

Pasaron semanas antes de que Emigdio se atreviera a volver. Durante el día, la casona amarilla fue acordonada por un listón rojo que el viento deshilachaba como si intentara borrar las pruebas. Por la noche, los murmullos crecían entre los árboles: hablaban de un testamento sin herederos, de documentos desaparecidos, de una fortuna sin dueño. Nadie reclamó la casa. Nadie reclamó los cuerpos. Ni siquiera la prensa insistió demasiado. En 1985, cuando la sangre era de familia buena, se limpiaba con rapidez.

Emigdio volvió al anochecer de un lunes. Había esperado la luna nueva. Entró por la parte trasera, donde la cerca estaba más podrida. Conocía el jardín como un médico a su bisturí: dónde pisar sin dejar huella, qué rama cortar para abrir paso. Llevaba una linterna pequeña y una pala de mano. No temía que lo vieran. Nadie miraba a los jardineros, ni siquiera cuando regresaban.

La trampilla estaba donde la recordaba: al fondo del cobertizo, bajo un tapete de tierra y gravilla. Forzó la cerradura con una cuchilla y bajó por una escalera de metal que rechinó como un gato herido. El aire era seco y viejo, con ese olor a billete mojado que se quedó en las paredes.

La caleta no decepcionó.

Había estantes de acero con fajos de dólares envueltos en plástico, como carne en una carnicería de lujo. Cajas con relojes Rolex, Cartier, Patek Philippe, ordenados por año y modelo. Y los libros... o más bien, sus lomos: una falsa biblioteca desmontada, amontonada como despojos de una mentira.

Emigdio no tocó nada al principio. Caminó lento, como quien visita una tumba. Luego tomó un reloj. Uno pequeño, discreto. Lo metió al bolsillo. Nadie lo notaría.

Salió antes del amanecer y regresó dos noches después. Esta vez llevó una mochila. Y luego una maleta. Y luego un saco de arpillera. Lo hizo con la paciencia del jardinero que era: podando su miedo en partes iguales, cada noche una rama menos, cada noche más profundo.

Pero la tercera vez... la cerradura no estaba como la había dejado.

El pasador tenía una muesca nueva. Alguien más había bajado.

Emigdio no bajó esa noche. Retrocedió con la linterna apagada, agazapado entre los jazmines como una fiera herida. Esperó horas con la espalda contra el muro del cobertizo, sintiendo cómo el sudor le helaba la camisa. No escuchó pasos, ni puertas, ni voces. Solo el silencio espeso de la sospecha.

Volvió a su cuarto alquilado en el barrio Chiquinquirá. No durmió. Se pasó

la noche mirando el reloj robado, preguntándose si marcaría una cuenta regresiva.

Los días siguientes caminó por el centro, cruzó miradas con rostros que no reconocía, y reconoció otros que no deberían estar ahí: el señor Simón Cuentas, expleado de los García Pomares, arruinado tras la caída de su patrón, ahora con un carro viejo y un mirar que barría aceras. Y también al “Niño” Martelo, el mandadero que una vez escuchó contar que había guardado un revólver en un libro hueco.

Todo parecía haberse removido.

Volvió a la casa una semana después, decidido a comprobar si todo seguía en su lugar o si había sido víctima de su propio miedo. La trampilla ya no tenía candado. Abrió con cuidado. Bajó.

Lo que vio no fue un robo. Fue toda una organización.

Los relojes estaban ahora apilados por color. Los billetes están divididos por denominación. La linterna de Emigdio cayó al suelo.

—Tarde llegaste, compadre —dijo una voz desde las sombras.

El “Niño” Martelo emergió detrás de un muro falso, con un cigarrillo apagado entre los labios y la mirada torcida como alambre oxidado.

—Yo sí sabía que tú sabías —dijo—. Inmediatamente le riposté, ¿Aja, y entonces, ¿qué hacemos con este asunto?

Emigdio no respondió. Solo apretó el mango de la pala.

—No vine a pelear —añadió el Niño—. Esto no es de uno ni de otro. Pero si vamos a estar bajando, hay que poner reglas. Esto es como un jardín, ¿no? Hay que saber podarlo.

Emigdio, por primera vez, sintió un miedo diferente. No tenía miedo de ser atrapado. Era el miedo de haberse convertido, sin querer, en socio de alguien peor que sus antiguos patrones.

Durante semanas compartieron la caleta. En silencio. Sin hablarse más de lo

necesario. Pero Emigdio sentía cómo el “Niño” lo medía, como quien mide el tronco de un árbol antes de cortarlo.

Y entonces, llegó la noche en que la pala desapareció.

La noche en que, al bajar, Emigdio sintió un golpe seco en la nuca. No vio quién fue. Pero supo que había sido inevitable.

A la mañana siguiente, el barrio El Prado despertó con la brisa espesa de diciembre y el rumor de que la vieja casona amarilla iba a ser vendida en subasta. El Estado, al no hallar herederos legítimos, había dispuesto el embargo y tramitaba la adjudicación del inmueble como bien abandonado. Nadie preguntó por Emigdio Tuirán. Nadie sabía que alguna vez había vivido allí. El jardinero simplemente se desvaneció como el perfume de las azucenas que solía podar.

Dos meses después, una pareja joven compró la casa. Arquitectos bogotanos, recién casados, con ganas de restaurar la propiedad y devolverle su “esplendor republicano”. Lo primero que hicieron fue contratar un nuevo jardinero. Lo segundo, levantar un parterre de tierra compacta que cubría casi todo el solar. “Demasiado duro para escarbar”, dijo el albañil. “Como si alguien hubiera enterrado cemento con tierra.”

Las obras avanzaron, el jardín floreció de nuevo y la casona revivió su dignidad entre columnas recién pintadas. Nadie bajó jamás a la caleta. La trampilla había sido cubierta por una pesada losa de concreto durante las obras, sin saberlo. Nadie volvió a ver al “Niño” Martelo. Dicen que lo atropellaron en la vía al mar con una bicicleta robada y una caja de relojes en la mochila. Murió sin decir una palabra.

Años más tarde, durante una fiesta, una de las invitadas comentó con aire de adivinadora:

—Esta casa tiene un aire raro... como si alguien la cuidara desde abajo. Las flores crecen tan exactas, tan... simétricas.

—Me dicen los vecinos de la casa de al lado, que fue el jardinero anterior que tenía buena mano para las plantas y las mantenía así —respondió la dueña—. Un tipo extraño. No hablaba mucho. Renunció el día antes de que empezaran las obras del jardín y que nunca vino por su paga.

La señora sonrió. Luego alzó la copa y brindó:

—Por la tierra fértil.

Bajo sus pies, en el corazón del jardín, las raíces de los rosales se enredaban con los huesos de Emigdio Tuirán. Un reloj de oro seguía marcando la hora en su muñeca, sin testigos.

Y en algún lugar, enterrado con él, dormía el secreto de la caleta: intacta, invisible, olvidada. Como él.



La reencarnación de Abel

Lo había visto en repetidas ocasiones en la oficina de profesores, aquella vez, lo vi con la mirada puesta en el ventilador, entonces me percaté de que giraba con su monótona letanía de aspas mal aceiteada, lo que propiciaba cierto ambiente hipnótico—Sacudí la cabeza, lo volví a mirar. me fijé en su risa...esa risa, tan familiar. Seguí reparándolo, me fijé en esa manera anacrónica de subirse el pantalón por encima del ombligo. Esa forma de lanzar los saludos como quien lanza una piedra al río sin esperar el rebote. Me miró y con voz carrasposa me dijo “Quiubo, cuadro”, con una familiaridad que solo podía salir del túnel del tiempo. Me ofreció un café en la salita de profesores, y en medio del aroma del tinto recalentado soltó: “Esta vaina está peor que tetero de cañandonga, mi llave”.

Me reí, nervioso. ¿Quién diablos hablaba así en estos tiempos? Solo los viejos barranquilleros, los que se quedaron en los setenta como vinilos atrapados en una vitrola oxidada. O los que, como Abel José, se tragaron el tiempo, lo escupieron en el río Magdalena a la altura de Honda Tolima y lo vieron aparecer en Bocas de Ceniza. No pude más. Tenía que saber.

—¿En qué año naciste, Peñuela?

Se encogió de hombros mientras revolvía el café con una cucharita, sin mostrar interés de dar una respuesta concreta, como quien remueve una memoria que no le pertenece.

“

**Asentí, sin saber por qué.
Algo en sus ojos tenía la
misma chispa que vi por
última vez una tarde de
abril de 1977...**

”

— Sesenta y cinco... o eso dice el registro. Pero me siento como si hubiera empezado a vivir hace poco. ¿Ey, tú sabes lo que es eso?

Asentí, sin saber por qué. Algo en sus ojos tenía la misma chispa que vi por última vez una tarde de abril de 1977, en el patio del colegio Pestalozzi. Abel, con su camisa manga corta, cantando

por lo bajo “La rebelión” de Joe Arroyo antes de que esa canción siquiera existiera. Siempre adelantado, siempre fuera de sitio. Luego, el silencio. El rumor. La ausencia. Y nadie más preguntó. Solo yo. Solo el que nunca pudo olvidarlo.

Me atreví a preguntar.

—¿Has oído hablar del colegio Pestalozzi?

Peñuela Peñuela se detuvo muy levemente, como quien recibe un empujón invisible.

—¿Pestalozzi? Eso era como... un laboratorio de enseñanza, ¿no?

Asentí con lentitud, sintiendo que el piso bajo mis pies se doblaba como las tapas flojas de los álbumes de fotos viejas. Él no podía saberlo. O sí. El colegio había sido demolido hacía décadas, y ni siquiera en internet quedaban rastros.

Entonces dijo lo imposible: “Allá fue donde aprendí a decir las sílabas de las palabras al revés. Una vez le dije a una pelada que le iba a invitar a una necar con cayu y rosue costeño, y la pelaíta se rió hasta que se le salió el chicle por la nariz”.

Sentí que se me encarnaba la uña del alma.

—¿Cómo aprendiste eso? —pregunté, fingiendo ligereza, como si no acabara de tragarme un relámpago.

Se encogió de hombros otra vez, pero esta vez su sonrisa era más extraña, más antigua.

—No sé. Hay vainas que uno sabe sin saber por qué.

Quise gritarle: ¡tú eres Abel José, carajo! ¡eres el que se tragó la adolescencia y se perdió en el olvido! Pero me contuve. Lo observé otro rato mientras hablaba con la secretaria del departamento, piropeando a una pasante con un “Ey esa jermu es tronco e bollito, oíte”, que hizo que todos voltearan confundidos.

Esa tarde comencé a leer sobre la reencarnación. No en el sentido tibetano ni en lo que dice Paulo Coelho, sino desde la experiencia. Lo primero que me apareció fue una definición que me pareció escrita por un burócrata del alma: *transmigración del alma a otro cuerpo, humano o no*. Me reí. Para mí, la única reencarnación posible era la de la uña del dedo gordo del pie, esa berraca que por más que la sacara con bisturí y agua caliente, volvía y crecía para adentro, como con memoria propia. *Así será el alma*, pensé, *terca, incómoda, encarnada donde no debe*.

Los días pasaron. Peñuela seguía comportándose como si el mundo se hubiera detenido en 1977. Usaba palabras como “*bololó*”, para referirse a una trifulca, decía “*bironcha*” para expresar cuando un amigo era de buenos modales y se refería al fútbol con expresiones como “*taponazo*”. Empecé a probarlo. Le hablé del profe Camacho, de las clases de dibujo técnico, de cuando nos sentábamos en la banca de concreto bajo el palo de almendra a hablar del futuro como si fuera un helado de corozo. Y él, sin saber que lo estaba pescando, decía cosas como “Ese man sí que era jodido, siempre marcaba con regla hasta los sueños”.

Una noche no aguanté más y lo invité a una cervecita en la terraza de mi casa. Hacía calor, el mismo calor que hacía el día que se lo tragó la ciudad.

Entre trago y trago le pregunté:

—¿Ey, crees en las vidas pasadas?

Me miró, encendió un cigarrillo que no supo de dónde había sacado y dijo:

—Yo solo creo en lo que se me repite. Y hay cosas en mí que se me repiten... como si ya las hubiera vivido, creo que le dicen deja vu. Como si me estuvieran dictando desde adentro.

—¿Y no crees que... podrías ser alguien que murió?

—Eche, más bien siento que fui alguien que se quedó esperando. No sé a quién.

Y entonces lo supe. Era Abel José. No solo en su manera de hablar o de reír, sino en esa tristeza que se le escurría por los ojos cuando se quedaba en silencio. La misma tristeza del pelado que se asomaba al mundo sin entender por qué le quedaba tan grande.

Pero había algo más. Algo que no me cuadraba. Algo que Peñuela no recordaba, o tal vez fingía no recordar. Porque uno no reencarna del todo. Algo se queda. Un rastro. Una cicatriz.

Y entonces, mientras se reía de uno de sus propios chistes viejos, le vi el lunar. Detrás de la oreja izquierda. Igualito al que tenía Abel.

El que yo mismo vi cuando nos empujábamos en el recreo y me gritaba: “¡Ey, no seas huevón, que te voy a dar tu buena muñequera!”

Y entonces, por primera vez, sentí miedo.

Las semanas siguientes fueron una especie de purgatorio dulce. Yo lo observaba como quien espía a un fantasma que no sabe que está muerto. A veces me hablaba con una cercanía que dolía, como si se le escaparan trozos de una vida anterior sin darse cuenta. Otras veces, cuando yo lo miraba demasiado fijo, se tocaba la cara con nerviosismo, como si sintiera que alguien lo reconocía desde otra dimensión.

Una tarde, mientras caminábamos por el Paseo Bolívar, se detuvo frente a una cacharrería y soltó: “Aquí vendían unas pepas de tamarindo y unas bolas de pimienta ... uff, eran una locura”. Yo sabía que eso era cierto. Lo sabía porque era el único recuerdo que compartimos de aquella tienda, y porque Abel José me las regalaba cada viernes, justo antes de las clases de ciencias.

Me quedé mirándolo sin disimulo.

—¿Cómo sabes eso?

Se encogió de hombros, incómodo.

—No sé cuadro. Hay lugares que me hacen pensar en cosas que ni idea de dónde las saqué. Como si se me metieran por la nariz.

“Como si el alma tuviera nariz”, pensé, pero no dije nada.

En clase, cada vez que usaba palabras como *ensopao*, *coñocera* o *pelotera*, los estudiantes lo miraban como si se tratara de un actor sacado de una radionovela de los años setenta. Y él, lejos de corregirse, parecía disfrutarlo. Como si no pudiera hablar de otra forma.

Una madrugada me desperté con el nombre “Abel José” repitiéndose como tambor en la cabeza. Me senté en la cama, empapado en sudor, y me acordé del padre de Abel. Del viejo sentado en la mecedora, esperando a su hijo hasta que se le fundieron los ojos con el horizonte del barrio San Roque. Nadie merecía ese final. Nadie debía desaparecer así, tragado por el polvo de una ciudad que lo olvida todo.

Fui al archivo histórico de la Universidad del Atlántico, a una sala que huele a moho y papel de cometa, buscando cualquier rastro de un estudiante desaparecido en 1982. Pero no había nada. Ni una hoja, ni una foto, ni una mención. Como si Abel José no hubiese existido nunca. O como si alguien lo hubiese arrancado de los registros con una navaja de olvido.

Ahí fue cuando comencé a sospechar que no era solo una reencarnación. Era un reemplazo. Un borrado. Como si Abel hubiera sido llamado a cumplir un ciclo pendiente en otra piel.

De regreso a casa, con el sol partiéndome la cabeza, recordé algo que me estremeció. En sexto de bachillerato, días antes de su desaparición, Abel me dijo algo raro, que en su momento pensé que era pura guachafita: “Si yo me voy, me busco... así sea en otra vuelta de la vida”.

¿Y si Peñuela no era Abel?

¿Y si era Abel... buscándose?

Esa noche lo llamé. Le propuse salir a tomarnos una cerveza y ver un partido de Junior en una pantalla gigante en la Plaza de la Paz. Me dijo que sí con entusiasmo, como si le estuviera devolviendo una memoria que no sabía que tenía.

Durante el segundo tiempo, después de un gol anulado, me miró con la mirada brillante de quien ha vivido demasiadas vidas sin entender ninguna.

—Oye, loco —me dijo sin aviso—, tú me conoces de antes, ¿cierto?

Me costó tragar. El mundo se me llenó de silbatos, humo y fritanga.

—¿Por qué dices eso?

Se tocó la oreja izquierda, como si le doliera.

—Porque desde que te conocí... Tengo sueños raros. Sueño con un patio, con un pupitre de madera rayado con una navaja. Dice “A.J. 82”. Sueño contigo diciéndome que no joda tanto, que me van a sacar del salón. Y tengo miedo de dormir, porque cada vez recuerdo más. Pero no sé si son recuerdos míos... o tuyos.

La cerveza se me desinfló en las manos.

Ya no había vuelta atrás.

No podía seguir cargando esa verdad a medias. Esa noche, después del partido, lo invité a mi casa. Le dije que tenía unos libros viejos de lingüística costeña que le podrían interesar, especialmente el de Vocabulario Costeño de Adolfo Sundheim. Pura excusa. Lo que quería era tenerlo en un lugar donde pudiera mirarlo sin el ruido del mundo. Donde pudiera lanzarle la pregunta sin testigos.

Nos sentamos en la terraza. La brisa corría con el desespero de las madrugadas calientes. Él se acomodó en la silla mecedora, como si fuera suya de toda la vida, y me dijo:

—Esta mecedora tiene el tumbao del barrio San Roque, ve.

La sangre se me heló.

—¿Cómo sabes eso?

—No sé... me sonó. ¿Eso existe de verdad?

Asentí. Le serví una cerveza en un vaso de vidrio, como las de antes, y le puse unos bocadillos con queso costeño en la mesa. Me miró con una sonrisa que era de otro tiempo.

—Ey, te fajaste. Esto parece un matrimonio de los setenta.

Respiré hondo. Ya no aguantaba más.

—Peñuela... ¿tú te llamaste Abel alguna vez?

Él dejó de mecerse. El vaso tembló en su mano.

—¿Cómo así?

—Abel José Almendrales Soto. ¿Te suena?

Negó con la cabeza, pero sus ojos estaban llenos de un no que no sabía mentir.

—Mira —continué—, eres igualito a él. Mismo lunar en la quijada, misma forma de reírte, misma manera de rascarse el cuello cuando echas carreta. Y hablas igual. No como un barranquillero de ahora. Hablas tal y como lo hacíamos en el 82, cuando éramos pelaos del Pestalozzi. Dices “tronco”, “rosue”, “necar”. Eso no se aprende, eso se hereda... o se arrastra desde otra vida.

Se levantó, nervioso. Dio tres pasos por la terraza. Se agarró la cabeza con las dos manos.

—No puede ser... no puede ser. Me estás mamando gallo, ¿cierto?

Me paré frente a él. Lo tomé por los hombros.

—El día que llegaste a la universidad, sentí que el tiempo me dio un coñazo. Algo se me revolvió dentro. Y después de escucharte, después de soñar contigo... no me queda duda. Eres Abel. Volviste. Pero no sabes que volviste.

—¿Y sí, isí! —me dijo con la voz rota—. ¿Y sí, sí soy ese man? ¿Qué carajo hago ahora?

—Busca tu historia. Tu papá murió esperándote. Sentado en una mecedora, igualita a esta, mirando la calle como quien espera que el tiempo le devuelva lo que se tragó. Tu eres la vuelta que dio la vida para que no se quedara solo.

Peñuela —o Abel, ya no sabía cómo nombrarlo— se sentó de nuevo. Se le aguaron los ojos. Miró hacia el techo como si buscara permiso del cielo.

—Yo tengo sueños donde me ahogo en un pozo... un pozo de cemento. Hay voces, hay risas. Después oscuridad. ¿Él... murió sin saber?

—Sí —respondí, con la garganta hecha un nudo—. Y yo nunca supe cómo explicar tu desaparición. Solo sé que no apareciste. Y ahora estás aquí. Frente a mí. Como si el universo me hubiera dado una segunda oportunidad de encontrarte.

Nos quedamos en silencio largo rato.

—Ey, loco —me dijo de pronto, con una sonrisa temblorosa—. ¿Te acuerdas de La Muñe, la pelá que vendía fritos al frente del colegio?

—Claro, cule bollo la Muñe. Una belleza.

—La soñé anoche. Me decía: “Abel, apúrate y págame, que el recreo se va”. Y cuando me desperté, me dolían las rodillas... como cuando uno se cae en un patio de gravilla.

Lo miré sin decir nada. Ya no hacía falta.

Solo medité, cómo puede alguien terminar así, arremangado contra el olvido.

Algún místico diría, reencarnado...



La última guardia del Guaikerí

A la memoria de un patriota venezolano

Nunca antes había sentido un calor tan denso, como ese día en la isla, un calor que no salía del sol sino de la tierra misma, un vapor que asfixiaba y que parecía salir de nuestras fosas nasales, era como si Margarita hubiese decidido sudar con nosotros. El fuerte de Pampatar, con sus piedras calientes al tacto y su silencio interrumpido solo por el murmullo del Caribe, se había convertido a la vez, en nuestro refugio y nuestro castigo. Hasta la brisa llegaba a ráfagas calientes, cargada de sal, polvo y presagios de libertad o muerte.

Lo cierto es que desde allí veíamos el horizonte con los ojos afilados por la sospecha. El cielo estaba limpio, pero los rumores, no. Decían que los realistas venían con hambre de revancha, que querían tomar la isla por la garganta.

—¿Y si nos toca rendirnos? —preguntó Morales, con el fusil aún sin cargar, la voz temblorosa como la vela de un barco en tormenta.

—Margarita no se rinde, hermano. No mientras quede un guaikerí en pie —le respondí. No lo creía del todo, pero alguien tenía que fingir la fe.

—¿Tú crees que vuelva, el teniente Adriano? —me preguntó Morales, con la voz quebrada por la sed y el miedo.

“

**En las noches en que
la luna se posa sobre
el fuerte y el mar
canta más fuerte de lo
habitual...**

”

—El teniente no regresa. El teniente... se queda —le respondí, sin mirar. Mis ojos estaban fijos en el horizonte donde, horas antes, lo vimos lanzarse al mar con esa furia que solo tienen los hombres destinados a la historia.

Francisco Antonio Adriano no entraba al fuerte: lo llenaba. Caminaba con la serenidad de quien ha hecho las paces con la muerte, pero no con el enemigo.

Tenía la piel curtida como cuero viejo, los ojos de tormenta y una voz grave que sonaba más a tambor que a garganta.

—Señores... hoy es día de morir con dignidad —dijo sin rodeos, mientras ajustaba el correa de su machete. Y aunque ninguno lo dijo, todos supimos que se refería a sí mismo.

Contaban que era hijo de pescadores, nacido con la sal entre las pestañas. Que había aprendido a nadar antes que a caminar, y a pelear antes que a leer. Pero había algo más en él, una fuerza antigua, como si llevara a cuestas el linaje de los caciques guaiqueríos y el fuego de los patriotas.

Esa noche, en el silencio húmedo del fuerte, lo vimos rezar. No a Dios, sino al mar. Murmuraba en voz baja, como si hablara con espíritus ahogados. Luego se levantó, recorrió el puesto de guardia, y a cada soldado le dio una mirada larga, una orden seca, una palabra precisa. A mí me dijo: *“Tú resiste”*. A Morales: *“Tú graba esto en tu memoria. Lo que verás mañana no es guerra, es historia.”*

Cuando salió el sol, no lo hizo con luz, sino con fuego. Un cañonazo retumbó en la bahía como un trueno anticipado. Las naves enemigas se dibujaron en el horizonte como buitres sobre un moribundo. Pero Adriano no vaciló. Subió a la batería, apuntó el viejo cañón con manos firmes y ojos febriles, y disparó como si estuviera arrojando su alma.

Uno de los bergantines recibió el impacto y empezó a arder. La bahía se volvió una caldera. La pólvora, el grito, el humo espeso: todo se mezclaba en una sinfonía infernal.

Y entonces, cuando todo parecía perdido, lo vimos quitarse el correaaje, dejar el sable en el suelo, tomar el machete curvo que llevaba siempre en la espalda... y correr hacia el mar.

Morales gritó su nombre. Yo lo seguí, sin saber por qué. Lo vimos zambullirse como una centella viva, nadando hacia las barcas enemigas como si fuera un tiburón sediento. Era solo un hombre, pero en ese instante había ejército, bandera y volcán.

Se enfrentó a los soldados que intentaban desembarcar. Cortó sogas, volcó botes, gritó maldiciones y arengas. Peleó como si la isla estuviera atada a su pecho. Y cuando cayó, herido y cubierto de sangre, aún gritó:
“¡Margarita no se rinde, carajo!”

El mar se lo tragó. No su cuerpo —ese nunca apareció—, sino su esencia. Porque desde entonces, el mar dejó de ser sólo mar. Empezó a tener su voz.

Han pasado los años, pero nadie ha olvidado. En las noches en que la luna se posa sobre el fuerte y el mar canta más fuerte de lo habitual, los pescadores afirman escuchar pasos en la arena y un silbido de guerra.

—¿Tú lo oyes? —me dice Morales, ya con canas en la sien.
—Sí —respondo—. Es Adriano, haciendo ronda.

Hoy, el fuerte es un museo y la guerra, un recuerdo empañado. Pero yo sé que mientras haya un viento guaiquerí soplando sobre Margarita, mientras haya un joven que aprenda su nombre y un anciano que aún lo pronuncie con respeto, Francisco Antonio Adriano seguirá patrullando las aguas.

Este héroe no solo tiene una estatua, también tiene la espuma del mar que murmura su nombre y un machete invisible que aún corta y silva en el aire.



“Tres días sin luz”

N

No recuerdo haber sido tan sensato en una solicitud, como en esta ocasión, solo necesitaba tres días. Ni una semana, ni un mes sabático en la Universidad de Salamanca. Tres. Un, dos, tres. Lunes, martes y miércoles. Tres días sin que me respiraran en la nuca, sin el pito de la impresora del área de compras, sin el olor a tinto rancio del café Almendra Tropical que salía del termo comunitario y, sobre todo, sin el tonito de superioridad zen de mi jefa Nancy, la directora de talento humano. La mujer hablaba como si tuviera acciones en la empresa y como si yo fuera un pasante becado por caridad.

—Hola Nancy —le dije, con mi mejor cara de profesor universitario en apuros—, necesito tres días para terminar mi tesis doctoral. Estoy en la fase final: análisis de datos, redacción de resultados, discusión. Es un trabajo sobre desarrollo urbano, cohesión social, equidad, cosas serias, ¿me entiendes!...

Ella me miró por encima de sus lentes como si yo le hubiera pedido el riñón izquierdo.

—¿Y eso lo vas a hacer en el tiempo y con la plata de esta empresa?

—No, claro que no. Pido la licencia *sin* remuneración —le dije con ese tono de quien ha perdido toda dignidad, pero aún guarda algo de esperanza.

“

Los vecinos comenzaron a madrear, al rato iniciaba el carnaval de groserías y las consabidas expresiones subidas de tono...

”

—Ah, bueno. Así, sí. Porque si quieres volverte doctor, que no sea con el sudor de esta nómina, ¿oíste?

Yo solo asentí, porque si seguía hablando sería capaz que me cancelaba hasta el carné de ingreso al edificio. Salí de ahí como quien acaba de perder una pelea en la Registraduría o en la Triple A: cabizbajo, con rabia dormida y la frente sudada.

Me dije: “Bueno, aprovecha el tiempo. Ve y paga los servicios. Este va a ser tu retiro espiritual, tu encierro monástico. Tres días tú, tu laptop y la tesis”.

Fui a pagar la luz, que milagrosamente no se había cortado aún. El recibo estaba ahí, mirándome como una “ex” de esas que nunca se van del todo. Luego fui a pagar el internet. Ahí sí tuve que aguantarme la reconexión. Y lo peor es que en el fondo sabía que me la merecía. Llevaba tres meses conectándome al wifi de un vecino al que nunca conocí. Solo sabía que se llamaba “Cucaloca98”, porque así aparecía en su red. La verdad es que yo era feliz, como parásito en el intestino ajeno, hasta que un día “él o la no sé quién” se avispo, le puso clave y me dejó en la indigencia digital.

Ya con los recibos pagos y mi conciencia limpia como recién confesado, regresé al apartamento. Me preparé mi tinto negro y fuerte, ese que parece alquitrán pero que es el mejor combustible para trabajar tesis. Me senté frente al portátil, abrí un paquetico de galletas Club Social, puse música instrumental en YouTube, abrí mi archivo de Word llamado: *Capítulo Final Definitivo 2_REAL_ahoraSí que sí.docx...* y *pram ise* fue la luz!

—¡NOOOJODAAA! —grité como si hubiera presenciado un crimen o como cuando Bacca botaba la pelota por encima del palo de mango y dejaba a Junior jugando como nunca y perdiendo como siempre.

Silencio...La ciudad entera se apagó. Los ventiladores murieron de un paro súbito, el aire dejó de soplar, y el calor empezó a reptar por las paredes como una culebra ansiosa de venganza. Salí a la terraza con la esperanza de que solo fuera en mi apartamento, pero no. El barrio entero estaba en la misma penumbra de resignación. Los vecinos se asomaban como testigos de una tragedia anunciada.

Una señora gritó:

—¡Esto es una falta de respeto! ¡Nos tratan como animales!

Y alguien desde otro balcón respondió:

—¡Ni los animales aguantan esta vaina!

Los vecinos comenzaron a madrear, al rato iniciaba el carnaval de groserías y las consabidas expresiones subidas de tono, esta ciudad “no alcanza a valer tres tiritas...”.

Día Uno: El descenso al seol eléctrico

A las dos horas de espera me volví filósofo. Me pregunté si el desarrollo urbano con equidad era posible sin energía eléctrica. Porque ahí estaba yo, intentando escribir sobre “la cohesión social” mientras los vecinos se gritaban entre ellos y se armaba una gran disputa por quién merecía la sombra del árbol de mango, que aunque estaba sembrado en la puerta del viejo Cabezas la basura caía en la casa de los Vergel, una pareja de viejitos que pareciera que solo aprendieron en la vida palabras soeces.

Intenté dormir, pero que bah. Dormir no, sobrevivir. Me quité la ropa toda sudada, que a esa hora ya olía a cabuyita de mico y me acosté en el suelo con una toalla mojada encima como si fuera un filete. El ventilador inmóvil me miraba como diciéndome “que quieres que haga, te toca a mano”. Me levanté a la medianoche con la espalda mojada, la boca seca y el alma marchita. Busqué agua fría y solo encontré una cerveza águila tibia que sabía a sopa, cuando regresaba a la cama me tropecé el dedo pequeño del

pie con una de las patas de la cama —Tiré un Madrazo en “La” sostenido, que aún retumba tres días después de haberlo lanzado como grito vagabundo.

Amanecí con el impulso renovado de un hombre que no se rinde, resiliencia debería ser mi segundo apellido. Agarré mi mochila universitaria, que conservo desde mi vida universitaria, a finales de los 90, metí el portátil, me eché desodorante como perfume y salí al McDonald’s de la 70. Siempre confiable, con su segundo piso lleno de niños con tareas, adolescentes pegados al TikTok, y adultos disimulando que trabajan.

Cuando llegué, vi el primer letrero de mi ruina:

“Cerrado por falta de energía. Disculpe las molestias.”

Tres intentos hice de volver. En la segunda me encontré con un empleado sudado que me dijo:

—¿Qué parte del letrero no entendió?

Y en la tercera, ya ni personal de seguridad había. El local parecía zona de guerra. Vi ratas pasar como clientes fieles.

Caminé por la calle 70 buscando otro oasis. Nada. Todo cerrado o con plantas eléctricas que solo servían para encender luces decorativas, no para wifi.

Ese día fue peor. Empezó a escasear el hielo. En las tiendas la gente peleaba por una bolsa como si fueran lingotes de oro. Me tocó comprar agua a tres mil pesos la botella, porque ya la del grifo olía y sabía a raro. La ciudad estaba sin noticias. No había radio, no había tele. Uno no sabía si era un apagón o el fin del mundo. Vi un tipo con una bocina que gritaba noticias falsas:

—¡Se cayó el puente Pumarejo! ¡Y hay tiburones en el río!

Y la gente lo escuchaba porque, bueno... algo había que creer.

Día Tres: El apocalipsis currambero

Sin luz, sin agua, sin internet. Parecía el nombre de una obra de teatro

postapocalíptica. La bomba del edificio ya no subía agua. Me tocó calentarla en la estufa de gas y echarme totumazos como si fuera un penitente. El mercado se dañó. La carne estaba color verde, el queso parecía moco y el arroz tenía movimiento.

Los semáforos estaban apagados, la carrera 43 con la calle 72 era caótica. La gente manejaba como si Barranquilla fuera el set de una película de acción. Un bus chocó contra un taxi, el taxi se estrelló contra una moto, la moto arrolló a un perro. Y ahí estaba yo, cruzando la calle con mi mochila y mi tesis como quien escapa de Ucrania y llega a Gaza.

En las casas, el calor era tanto que los hombres estaban sin camisas, echados en sillas plásticas como leones exhaustos. Las mujeres con abanicos de cartón, abanicando niños con la cara roja y otras moradas. Una señora gritó:

—¡jueputa gobierno, no sirve! ¡Ni pa' prender una vela nos dejaron!

Yo me senté en el andén, sudado, derrotado, y abrí el portátil para escribir en Word sin energía. Como quien escribe por costumbre. La pantalla estaba negra, pero yo escribía de memoria, por fe, como si cada tecla presionada fuera una súplica al universo.

Esa noche volvió la luz. Una vecina lloró. Otro gritó “¡Aleluya!”. Yo abrí el computador y vi el correo de mi director de tesis:

“Estoy profundamente decepcionado. Pensé que usted era un profesional serio.”

Le respondí con calma:

“Yo también pensaba lo mismo, profe.”

Y cerré el portátil.

SEGUNDA PARTE



Plinio sin alma

Púyaco es un caserío tan apartado que, el viento sólo aparece cada dos años —Si, y a veces ni eso—las hojas crujen más por costumbre que por el mismo efecto de la brisa. Las casas son de madera cansada, y los techos de palma parecen susurrar historias en las noches calurosas. Allí nació Plinio Parada, un miércoles de luna menguante, con los ojos abiertos y la boca cerrada. Fue el último parto que atendió Rufina Chimá antes de dedicarse por completo al negocio de leer cenizas de tabaco. La vieja, al verlo, murmuró bajito como para sí: ¡Este niño no viene completo!

Desde entonces, se dijo en Púyaco que Plinio había nacido sin alma. Una sentencia que no pesaba tanto como la costumbre de repetirla.

Su abuela Madasa, una mujer de trenza gruesa y carácter tieso como casabe viejo, lo crió con la resignación de quien ha tenido que cargar con más de un muerto en vida. A los tres años no hablaba, a los cinco no sonreía, y a los diez no respondía ni siquiera a los truenos. Fue entonces cuando Madasa, desesperada, pagó a un mamo de la Sierra con una gallina criolla, una cabeza de ajo, un collar de dientes de jaguar y dos manojos de albahaca morada para que buscara el alma extraviada del muchacho.

El mamo se internó en los montes, habló con los árboles, se detuvo horas a leer las estrellas y ayunó trece días bajo el canto de los grillos y las cigarras. Al volver, con los ojos hundidos y la voz quebrada, sólo dijo: “El alma de este niño no se ha perdido— simplemente no ha llegado”.

Plinio creció en medio del desconcierto de su gente. Buscándole utilidad en la vida al desdichado, lo probaron de espantapájaros, pero los pájaros, encantados, se posaban en su hombro como si lo confundieran con un árbol bueno. En otro intento, lo usaron de figura sacra en las procesiones de Semana Santa, con una túnica morada y una corona de espinas hecha de tamarindo seco, pero no logró conmover a los feligreses. “Tiene menos espíritu que un zapote”,

“

Ese día Desideria al escuchar la palabra “espectro” quedó al menos treinta minutos como estatua de procesión...

”

murmuró el padre Federico. Lo prestaron al circo que llegó un verano con la carpa cuarteada, y allí lo pusieron de blanco para que el lanzador de cuchillos practicara. Plinio ni se inmutaba, solo miraba fijamente al tirador. El público pensó que era un muñeco bien hecho y ni aplaudió.

Lo único que parecía tener vivo en exceso era el estómago. Plinio comía como si albergara un ejército de almas dentro, todas con hambre atrasada. Desayunaba veinticinco huevos de gallina criolla, seis libras de yuca y tres litros de café con leche, que se le servía en un balde de lata. Almorzaba carne doble, arroz triple, y hasta seis aguacates, que pelaba con los dientes con una ansiedad como quien no comiera en días. En la cena, se oía la olla quejarse del peso. En un consejo de familia, convocado en el patio de tierra con sillas de icopor y sudor en las sienes, Madasa dictó sentencia:

—Este pelao es como un gato viejo: no sirve pa’ na y come más que todos nosotros juntos. Lo voy a regalá.

Y así, una tarde donde el viento sí apareció por Púyaco, lo regaló a Desideria Almendrales, una curandera de otra

estirpe, con voz de corriente de río y manos de ruda. Le encimó un pago para que no se arrepintiera, prácticamente lo entregó como quien se deshace de una mercancía de segunda, sin embargo, en sus palabras de despedida había una luz de esperanza, quizá la curandera podía devolverle el alma con baños de flores y rezos africanos.

Desideria lo bañó en leche de luna, lo limpió con plumas de lora vieja, lo envolvió en sahumeros de salvia, y hasta le cantó canciones que sólo sabían las iguanas viejas. Pero nada. Plinio seguía igual, con la mirada anclada a un horizonte que sólo él veía, y con un silencio tan denso que parecía venir de otro tiempo.

Una noche, Desideria fue a consultar a la señora de los cardos, la niña María, una anciana ciega que le leía la piel a las gallinas. Después de palpar las manos de Desideria, le dijo sin mirarla:

—Tu muchacho no está sin alma... está en su alma. No es que no sienta. Es que él siente distinto.

Fue entonces cuando Desideria comprendió: Plinio no era un cuerpo vacío ni un encantado sin redención. Lo que tenía era un corazón que funcionaba en otra frecuencia. Un sábado de mayo se programó una brigada de salud para el pueblo, ese día una médico jovencita lo atendió y lo diagnosticó con trastorno del espectro autista. Ese día Desideria al escuchar la palabra “espectro” quedó al menos treinta minutos como estatua de procesión, en su mente no cabía que la niña María no lo hubiera detectado.

En el pueblo se corrió el rumor de que Plinio sufría de autismo, aunque en Púyaco nadie entendió esa sentencia, en realidad esa palabra sonaba a nombre de planta venenosa.

Con el tiempo, Plinio comenzó a pintar con los dedos en la tierra húmeda, y de ahí pasó a los lienzos. Nadie sabía cómo, pero sus cuadros parecían tener sonido. En ellos, el viento que aparecía cada dos años volvía con música. Pintaba el vuelo de los pájaros que un día lo eligieron árbol, y el cuchillo del circo detenido en el aire como un cometa dormido. Sus obras empezaron a llegar a las ferias de pueblos vecinos, y un día un periodista de Barranquilla vino a entrevistarlo.

— Plinio no dijo una sola palabra.

Pero cuando el periodista le pidió que pintara algo de su infancia, Plinio pintó a Madasa, con una risa torcida y una olla de barro enorme entre las manos. Pintó a Desideria con un soplo de luciérnagas en la palma, pintó también al Papa, pero no como se le ve en los periódicos, sino como un niño que jugaba con palomas mientras lloraba bajo una sotana enorme. Retrató a la selección Colombia como una bandada de guacamayos en pleno vuelo, con un balón convertido en sol. Sus cuadros no eran retratos; eran visiones donde el alma del retratado se revelaba como un secreto susurrado al oído del lienzo. Pintó al mambo triste caminando sin rumbo por la Sierra. Y en el fondo, un alma dibujada como un colibrí en el cielo, que bajaba por fin a posarse sobre su hombro.

Los cuadros de Plinio comenzaron a multiplicarse, primero en las paredes de la casa de Desideria y luego en los corredores de la iglesia, en las oficinas del alcalde del pueblo y hasta en la tienda de Juancho Calabria. Cada pintura tenía un efecto inesperado: quien miraba la del Papa salía hablando con ternura, aunque hubiera llegado maldiciendo. La de la selección Colombia provocaba una alegría infantil que duraba días. Una anciana que llevaba años sin moverse del catre se levantó tras contemplar un cuadro de un burro con alas que cruzaba los arrozales.

Cualquier día del mes de julio, llegó una carta oficial desde la capital: se pedía una exposición itinerante de los cuadros del joven Parada. Pero Plinio no quiso enviarlos. Dijo que cada cuadro pertenecía al lugar donde había sido pintado, como si las imágenes no pudieran vivir sin el aire que las inspiró.

Púyaco se ha convertido en un santuario para quienes buscaban consuelo, visión o simplemente el misterio. La gente viene de lejos sólo para mirar los cuadros y soportar el asfixiante calor en silencio, como si con eso quedaran saldadas todas sus deudas del alma. Algunos dicen haber recuperado la fe. Otros, los recuerdos. Pero Plinio, el alma.



El Flagelante Escarlata

Nadie en Púyaco recuerda la primera vez que lo oyeron, pero todos coinciden en que su llanto suena como un cántico antiguo y sus latigazos resuenan como truenos sin lluvia. Siempre ocurre al final de la cuaresma, cuando el sol cae con más rabia sobre las tejas de barro y el incienso comienza a invadir las esquinas. A esa hora de penumbra, cuando el pueblo parece dormido, se escucha desde algún rincón remoto el crujir del cuero contra la carne, una y otra vez, como si cada latigazo arrancara un suspiro del mismo infierno.

Le llaman *El Flagelante Escarlata*. Nadie lo ha visto de cerca. Nadie sabe dónde vive. Sólo se habla de la sangre. Una sangre espesa y brillante que, dicen, ha manchado los muros traseros de la iglesia, las piedras del camino viejo y hasta la cruz del cementerio.

Algunos aseguran que viene desde el río, envuelto en una túnica blanca que ya es roja antes de tocar tierra. Otros dicen que camina por la plaza con los ojos vendados y un rosario de espinas entre las manos. Hay quien afirma haberlo visto arrodillado ante la puerta de la iglesia, implorando a gritos un perdón que nunca llega. Pero el padre Federico, que lleva más de veinte años custodiando el templo, lo niega rotundamente.

—Aquí nadie ha tocado esa puerta —dice siempre, sin levantar la vista de sus oraciones.

“

Dicen que su sangre huele a canela y que en las madrugadas deja huellas ardientes en el empedrado.

”

Aquel misterio se mantuvo en la penumbra de la tradición oral hasta que llegó él: un periodista de ciudad, con sombrero de ala ancha y libreta gastada, que vino desde Barranquilla siguiendo el eco de la leyenda. Se llamaba Dimas Restrepo, cronista de oficio, curioso de nacimiento. Los lugareños lo recibieron con desconfianza, como quien teme que el forastero robe algo más que historias.

—Vengo a ver al Flagelante —dijo con voz firme—. O al menos, a entenderlo.

Pero Dimas no vino con las manos vacías. Traía una historia guardada en la memoria, una que había arrastrado por tres décadas como un secreto vergonzoso. Y una tarde, sentado bajo el ceibo de la plaza, la contó.

—Yo estuve aquí hace treinta años, cuando era estudiante de comunicación social. Teníamos una tarea: investigar cómo nacen las leyendas. Mis compañeras y yo decidimos inventar una. “El Flagelante Escarlata”, lo llamamos. Redactamos su historia con todo detalle: el pecado imperdonable, la penitencia eterna, los gritos en la noche. Después, comenzamos a preguntar por él como si ya existiera, sólo para ver si alguien lo adoptaba. Los jóvenes decían que no, claro. Pero los viejos... los viejos supuestamente lo recordaban.

Los presentes lo miraban sin parpadear. Algunos sonreían con incredulidad. Otros negaban con la cabeza. Una mujer murmuró un Padrenuestro.

—Uno dijo que su abuelo lo había visto, otro aseguró que escuchó su llanto en 1965. Exageraron tanto, que al final nosotros mismos comenzamos a dudar. ¿Y si lo habíamos invocado sin querer?

Con los años, la historia creció. Pasó de boca en boca, como el viento que no se ve pero empuja. Hoy, nadie en Púyaco duda de su existencia. Dicen que su sangre huele a canela y que en las madrugadas deja huellas ardientes en el empedrado. Algunos incluso dicen que sus latigazos han curado a los enfermos.

—Pero no es real —insistió Dimas—. No lo fue nunca. Lo inventamos para una clase.

Hubo un silencio largo, incómodo, como si las palabras hubieran roto algo sagrado. Entonces, una anciana de ojos opacos alzó la voz:

—Usted lo inventó, sí. Pero eso fue hace treinta años. Desde entonces, ha caminado entre nosotros. Lo hemos oído. Lo hemos sentido. A veces, las leyendas toman venganza de quienes las crean.

Y esa noche, justo antes de la procesión del Viernes Santo, Dimas Restrepo escuchó por primera vez el sonido del látigo.

No vino del bosque ni del río. Vino de la casa en ruinas donde él había dormido de joven, aquella en la que escribió por primera vez el nombre maldito. Y jura, hasta el día de hoy, que un hombre cubierto de sangre, con los ojos cerrados y una cruz de ceniza en la frente, le tocó el hombro y le dijo:

—Ahora tú sabes, por qué no puedo parar.



A la medida del tiempo

PDon Luciano Glenn, era un relojero sin edad, su ascendencia griega le daba un toque misterioso, tenía tanto de epicúreo como de estoico lo que, en sí, era una contradicción, pero llegó a Púyaco donde esa condición para sus habitantes era tan célebre como el día del árbol. Su espacio — un tenderete de engranajes colgantes y péndulos suspendidos como frutas de árbol seco— olía a aceite de máquina y a jornada continua. Nadie sabía cuándo había llegado, pero todos recordaban que desde que la torre del pueblo dejó de marcar la hora exacta, él apareció como si lo hubiese invocado el silencio.

Don Luciano no reparaba relojes, los detenía.

La gente, ingenua como un niño con un mapa del tesoro pintado a crayones, acudía con sus relojes cuando la vida se deshacía entre las costuras de la ansiedad. A cada uno le prometía precisión suiza, y a cada uno le entregaba un límite: una línea invisible que cortaba la existencia justo donde las agujas dejaban de avanzar.

Así fue con el policía Esteban Santacruz, quien había recibido amenazas del Cártel del Sur por una redada en la que encontró más santos que balas. Luciano detuvo su reloj a las 3:47 p.m. de un martes. Desde entonces,

Esteban vivió al revés. Su barba se encogía cada amanecer, sus arrugas desaparecen como tinta al sol, su memoria se convertía en relato que jamás fue contado. Y así, esquivó la muerte... retrocediendo.

“

Habló de miedo, de destino, de la avaricia de los segundos que nadie sabía usar.

”

Al alcalde Pello Urrutia, le pasó igual. Faltaban tres meses para terminar su mandato, y soñaba con inaugurar la plaza nueva, cortar la cinta, firmar su nombre en el mármol. Pero su reloj, detenido a las 6:00 a.m. de un domingo, lo condenó a un mandato

que se deshacía como un contrato mojado: los proyectos se borran, los discursos eran palabras sueltas que volvían al diccionario, y sus años de servicio no pasaron nunca.

El padre Federico, con su sotana aún por planchar y la nueva parroquia aún por bendecir, le dejó a don Luciano un viejo reloj de cuerda. Detenido tres días antes de la gran misa, vio cómo las paredes del templo se volvían andamios, luego polvo, y por último, nada. El campanario jamás sonó. El sermón jamás fue pronunciado. La fe, en retroceso, se volvió duda y luego sombra.

Y sin embargo, nadie lo culpaba. Don Luciano parecía tener el poder de la compasión, como si detener el tiempo fuera un acto de misericordia. La gente dejó de temerle a la muerte. Lo temían a él, sin saberlo.

Lo que nadie sabía era que Luciano no lo hacía por bondad.

Cada reloj que detenía le concedía un ciclo más. Era un trueque: una vida que volvía atrás le regalaba a él una semana, un mes, a veces un año más. Su vida no era lineal. Vivía por parches, como una colcha hecha de vidas ajenas.

Pero cometió un error.

Un día, una mujer sin sombra llegó a su tienda. No traía reloj, sino una clepsidra rota. La dejó en el mostrador con una

sonrisa afilada como la media luna de un cementerio. “Arréglala si puedes”, dijo. Luciano, curioso, tocó los cristales con dedos de pinzas. La arena le manchó las uñas. Al instante, su propio reloj —aquel que siempre colgaba al lado del calendario perpetuo— se detuvo.

La parca había venido disfrazada de cliente.

Entonces, como en un truco de feria al revés, el tiempo se abrió en dos. La tienda se volvió un tribunal: las campanas del pueblo sonaron como martillos celestiales, y San Bismuto entero fue llamado como testigo del crimen más grande cometido desde la expulsión del Paraíso.

El juicio fue presidido por un dios ciego, con oídos hechos de ecos. Acusado: Luciano Glenn. Cargo: El robo del tiempo. No de uno, sino de todos. La vida en reversa, dijo la fiscal (una niña que había vuelto al vientre de su madre sin nacer jamás), es un delito contra la voluntad del reloj divino.

Luciano intentó defenderse. Habló de miedo, de destino, de la avaricia de los segundos que nadie sabía usar. Pero el tribunal ya había dictado su sentencia.

Fue condenado a existir fuera del tiempo, en un bucle donde los relojes caminan, pero nunca avanzan, donde los días no terminan y las noches no llegan. El tenderete permanece cerrado, oxidado, pero si escuchas con atención en Púyaco, aún se oye el tic-tac de una vida que se niega a aceptar el fin.

Y en el fondo, todos saben que el verdadero crimen no fue detener el tiempo.

Fue haber creído que era suyo.



Estrellas a medio día

Por aquellos días, el calor en Púyaco, era insoportable, como ya era costumbre el viento había abandonado al pueblo hacía ya varias generaciones, pero el sol jamás osó dejarlo, aquel 14 de enero de 1993 ocurrió lo que algunos ancianos hoy todavía narran en voz baja, como si al evocarlo pudieran volver a cegarse.

Ese mediodía, Diocelina Vergara —la partera, curandera y única mujer que sabía leer el vuelo de las mariposas negras— despertó con cierta zozobra que le apretaba el pecho: “*Púyaco tiene hoy un ambiente enrarecido,*” murmuró, mientras revolvía su café con una ramita de ruda. El gallo del patio cantó a deshora, pero no como gallo, sino como pato asmático. Las gallinas lo imitaron, desubicadas, piando en tonos graves que parecían lamentos humanos. Los perros huyeron de los patios, pero fueron los gatos quienes ladraron como si en ellos habitara el alma de San Roque.

Al salir de misa, el padre Federico perdió de golpe los tres últimos pelos que aún le florecían en la coronilla, justo cuando el cielo se puso de un gris tan oscuro que la sombra de la iglesia pareció hundirse en la tierra. Los rezos se atragantaron en la garganta de los feligreses. En la plaza, Plinio Parada, aquel que había nacido sin alma

según los rumores, gritó con vehemencia un gol inexistente de la selección Colombia, como si lo hubiese visto en una revelación: “*¡Gol de Asprillal! ¡Golazo, maldita sea!*” gritaba, con una pasión que estremeció hasta los estandartes oxidados del colegio abandonado.

Desideria, la bruja buena del pueblo, intentó encender su tabaco magistral —el que usaba para espantar demonios y políticos corruptos— pero el fuego la traicionó, como si también se hubiese eclipsado. Los pájaros bajaron de los árboles y, sin ningún recato, se comieron la comida de los perros que, atónitos, observaban el cielo con la sumisión de quien contempla a un dios desconocido.

Fue entonces cuando ocurrió.

“

Lo velaron de pie, con los ojos abiertos, como una estatua en medio de la plaza.

”

El sol, altísimo y ardiente, se apagó como si una mano gigante lo hubiese soplado. Una sombra profunda y densa cubrió Púyaco, pero no trajo frío, sino un calor seco y vibrante que crujía en las paredes de bahareque. Y allí, en el centro exacto del eclipse, el cielo se abrió como una cortina rota dejando ver lo imposible: un campo entero de estrellas, titilantes, vivas, colgadas al mediodía.

Solo Betulio Peñuela desobedeció la advertencia de Desideria: “*No miren pa’ arriba, que el cielo no está pa’ verse hoy.*” Pero él, terco como una mula con memoria, levantó la vista. Y lo vio. Lo vio todo. Las estrellas danzando sobre el oscuro domo celeste, ordenadas en constelaciones que no existían en ningún mapa. Se quedó mirando tanto tiempo que sus pupilas, dicen, se abrieron más allá de lo humano. Y cuando por fin parpadeó, sus ojos no le respondieron.

Betulio quedó ciego.

Pero no del todo.

Porque en sus ojos quedó atrapado el reflejo del cielo

imposible. Quien miraba de cerca podía ver el instante eterno del eclipse, las estrellas congeladas en su danza, como un mural pintado por un dios caprichoso. Sus ojos se volvieron un oráculo.

De pueblos vecinos comenzaron a llegar curiosos. Luego vinieron los periodistas, los astrónomos, los poetas. De Barranquilla bajaron en caravanas, de Santa Marta en lanchas, y de Cartagena en buses pintados con santos y demonios. Todos querían ver el milagro en los ojos de Betulio, fotografiarlos, reproducirlos, llevarse un pedazo de ese instante congelado.

Púyaco, que había sido olvidado por todos excepto por el sol, se convirtió en leyenda. Betulio no volvió a ver jamás, pero sus ojos, como vitrales del firmamento, iluminaron a quienes los contemplaban. Algunos aseguraban haber visto en ellos el rostro de un ser querido muerto, otros, una ciudad flotante. Un científico japonés juró haber descifrado un mensaje estelar en el patrón de las estrellas en su retina.

Pero Diocelina, en su sabiduría callada, sabía la verdad.

No era un mensaje. No era una casualidad.

Era una advertencia.

Porque desde aquel día, el viento volvió a soplar en Púyaco. Pero lo hacía en círculos, como si algo grande estuviera a punto de regresar.

Y nadie, nunca más, volvió a confiar en el sol del mediodía.

Años después, cuando Betulio murió, se negaron a enterrarlo. Lo velaron de pie, con los ojos abiertos, como una estatua en medio de la plaza. La gente aún hacía fila para mirar dentro de ellos, aunque sabían que ya no brillaban. Hasta que un niño —uno que había nacido justo el día del eclipse— se acercó y dijo sin miedo:

—No se apagaron. Se fueron para adentro.

Y desde entonces, en Púyaco, cuando el cielo se oscurece sin aviso y las gallinas cantan como gallo en crecimiento, los viejos se persignan y los niños corren a mirar su reflejo en los charcos. No por miedo. Por si acaso, entre el barro y el agua, logran ver un destello. Una estrella...de las que aparecen solo al mediodía.



El diablo entró por el bolsillo

Nadie tiene memoria del día exacto en que Eulalio Algarín dejó de sonreír, pero todos coinciden en que fue justo después de vender su último par de zapatos. Desde entonces, se le vio caminar descalzo por el suelo ardiente del pueblo, mascullando maldiciones en voz baja, con los talones resecos, el calcañar blanco y los ojos coloraos, llenos de venas. Culpaba de su situación al gobierno, al destino y hasta al padre Federico, por no haber intercedido ante el cielo por su situación, más aún, porque la causa de ello venía de la contraparte.

En Púyaco decían que el Diablo no llegaba con cuernos ni tridente, sino que se colaba por el bolsillo vacío de todos los alcanzados del pueblo. Algunos se atrevían a invocarlo, pero como decía el padre Federico, una cosa es llamar al diablo y otra muy diferente verlo llegar.

—Cuando no hay con qué, el alma se agrieta —decía la vieja Eustaquia, que vendía empanadas rellenas de guiso de tomate y que aseguraba haberle visto los cascos al maligno una madrugada cuando caía un aguacero de padre y señor mío, bajo la ceiba del cementerio.

A Eulalio le pasó como a los árboles viejos: primero se le fue la savia. La esperanza, se le escapó como un pájaro

dormido que huele la tormenta. Luego se le cayó el orgullo, hoja por hoja. Y por último, se le apagó la voz de su hija, que lo llamaba desde una ciudad sin mangos ni pájaros, para decirle que el arriendo vencía y que no tenía para comprar los pañales de un bebé que ni él sabía que tenía.

“

¡No es el hambre lo que pudre al hombre, sino el miedo a pasar hambre!

”

Las cosas en el pueblo habían llegado a los extremos, no había ganado, ni cosechas, ni gallinas, ni nadie que quisiera fiarle un tomate. El jagüey de la parcela, aquel donde había aprendido a nadar de niño, empezó a murmurar por las noches. Al principio, eran susurros suaves como viento bajo la tierra, pero luego le hablaba con la voz rasposa de su madre muerta:

—No vendas el agua, Eulalio. Esa tierra aún respira...según él, le decía su vieja.

Pero él no quiso escuchar. Pensó que era el hambre, o la nostalgia que volvía en forma de eco. Hasta que apareció él.

Bueno, la verdad no tenía cachos, ni cola y mucho menos su tridente, más bien era un paísa de traje blanco, con zapatos que no pisaban el polvo y sonrisa de gerente funerario. Llegó con un maletín negro y una promesa: dinero fácil a cambio de firmar unos papeles. La garantía era la parcela heredada, ese pedazo de tierra reseca donde todavía se abría, como un ombligo del mundo, el jagüey de su infancia.

“Esto es temporal, omee” —le dijo el tipo, con una voz que olía a alcanfor—. “Todos hacen lo mismo. Este es el camino al progreso, quién no arriesga un huevo no saca un pollo, eh, avemaría, pues”.

Eulalio puso su huella con la mano temblorosa y los ojos húmedos. Aquella noche soñó que el Diablo salía del jagüey, desnudo, enjuto, con la piel como cuero quemado, y le susurraba al oído mientras le acariciaba los pies:

—Gracias por abrirme la puerta, compadre. Ya me hacía falta estirar las patas por aquí.

Al día siguiente, tenía billetes en el bolsillo, zapatos nuevos, y una caja de guaro que compartió con los vecinos. Por unas horas, todo pareció posible. Bailó, brindó, juró que la vida daba revanchas. Pero el dinero se deshizo como pan mojado, y el Diablo, muy paísa y muy majo —ese que entra por el bolsillo, pero duerme en el alma— volvió a recordarle la letra menuda.

El hombre del traje regresó con policías, un notario y una sonrisa más filosa. Se quedó con la tierra, la casa, la mecedora de su madre, y hasta el gallo que cantaba a las cinco. El jagüey, antes lleno de voces, quedó seco. Eulalio se quedó con los bolsillos llenos de polvo... y el alma tan vacía que, al agacharse, parecía que le chiflaba el pecho.

Una mañana, como tocado por un relámpago sin nube, se subió a una piedra en la plaza del pueblo y gritó:

—¡No es el hambre lo que pudre al hombre, sino el miedo a pasar hambre!

Lo tomaron por loco. Los niños dejaron de jugar, los adultos lo esquivaban, y algunos le lanzaban monedas como a un brujo de feria. Pero hubo quienes lo escucharon.

Días después, la vieja Eustaquia armó una cocina común con los restos de su dignidad. Un joven herrero abrió un taller de oficios y cobró con trueques de palabras. La gente empezó a verse a los ojos otra vez. A tejer sin hilos un sistema nuevo, como si lo invisible tuviera peso.

Eulalio, sin querer, había sembrado otra cosa: la idea de que el Diablo no llega en llamas ni en sombras, sino en forma de desesperación. Que no se aparece: se cultiva. Que entra cuando uno deja la puerta abierta por dentro.

Desde entonces, el jagüey volvió a murmurar. Algunos dicen que guarda la voz de Eulalio, otros que del fondo sube un vapor tibio que huele a maíz cocido. Y aunque él nunca volvió a usar zapatos, se convirtió, junto a Plinio Parada, en el segundo hombre más raro de Púyaco. Pero también en un símbolo. De que hay pobreza que reseca el alma... y otra que la despierta.



Madurados con papel

Ramoncito y Rafico se habían convertido en celebridades de Púyaco por sus constantes pilatunas, hijos de la incombustible mami Isolina. Eran idénticos hasta en los remolinos del cabello, y tan dados a las travesuras, que la gente del pueblo decía que ni el padre Federico se atrevía a bendecirlos sin antes persignarse tres veces.

Mami Isolina se decidió, justo después de la muerte de sus cinco gallinas ponedoras, a las que le habían pegado los picos con pegamento hasta morir de inanición. Así que, sin efusivas despedidas, habían sido enviados a Barranquilla para estudiar “y hacerse gente”, como decía su madre, pero terminaron devueltos en un camión de naranjas, casi como mercancía rechazada. Los maestros del colegio donde intentaron meterlos, en consejo académico extraordinario, firmaron su expulsión como quien se quita un maleficio de encima. No era para menos: los gemelos, cinco años mayores que sus compañeritos, convertían cada clase en un acto de circo.

Entre sus prácticas más recurrentes, estaba la de meter sapos en los maletines de sus compañeras y hasta en el bolso hecho de fique de la profesora, colgaban

“

La viuda era una mujer de proporciones generosas, que al escuchar semejante propuesta soltó un grito que espantó hasta a las gallinas...

”

largas colas a los profesores hechas con los click de oficina, robados cuando los llamaban a las oficinas del encargado de la disciplina del colegio. Rafico era el más cansón se ponía a silbar sin importar que el profesor estuviera fajado en su clase, paraba de hacerlo en horas de recreo, se quedaba en el aula de clase revisando maletín por maletín, llenándolos de basura y piedras o metiendo cuanto insecto encontraba camino de la casa al colegio. Ramoncito era más hablador, pedía en clases, más de diez veces la palabra y si no se la daban, incitaba a su hermano Rafico a que silbara y él golpeaba los pupitres con lo que encontrara hasta armar un escándalo que hasta los vecinos llamaban a la policía y les decían que allí maltrataban a los niños.

En una ocasión llegaron un par de policías al colegio en Barranquilla para investigar el motivo de los escándalos, casi a diarios, en ese lugar y al interrogar a los niños

- Me llamo Rafico, y yo fui el que mató al mar muerto.
- Y se puede saber cómo lo hiciste, preguntó el policía.
- Sencillo, dándole una sobredosis de sal, replicó Rafico.
- Y tú, se dirigió a Ramoncito, qué dices al respecto.
- Bueno, dijo Ramoncito, yo solo le presté el salero, pero no pensé que se atreviera a tanto.

Hasta el bobo Plinio, que se sentaba en la plaza a mirar las palomas, los miraba con fastidio y se tapaba los oídos cuando los veía venir.

De vuelta en Púyaco, su abuela Matilde Parada —una mujer de machete en mano y rezo al cuello— decidió que había que hacer algo radical. Recordando las técnicas de maduración

que usaba con las guayabas y los zapotes, ordenó traer los periódicos viejos de “El Heraldito” que Juancho Calabria guardaba detrás del mostrador de su tienda-bar. Cada semana llegaban esos diarios gracias a su hermano, que era maestro pensionado en Barranquilla.

Matilde forró a los muchachos de pies a cabeza con las hojas del periódico, los envolvió como tamales de sabiduría, dejando apenas unos huequitos para que pudieran respirar. Los sentó bajo el palo de mango del patio y decretó: “¡Aquí se me quedan hasta que se les cure la tontería!”

El primer día, los gemelos se revolcaban de la risa; el segundo, empezaron a citar frases del periódico como si fueran poetas iluminados; y al tercero... ocurrió el milagro.

Ramoncito, que apenas cumplía 12 años, ya caminaba con las manos cruzadas en la espalda, hablando de “orden constitucional”, “deberes civiles” y “desarrollo comunitario”. Se la pasaba organizando reuniones con los otros niños del pueblo, repartiendo cargos: que tú serás el tesorero, tú la secretaria, y yo —naturalmente— el alcalde.

Por su parte, Rafico, más flaco y soñador, pasaba horas leyendo en voz alta crónicas de Simón Bolívar y Antonio Nariño, y una tarde, tras masticar largo rato un trozo de caña, anunció con solemnidad: “He decidido pedirle matrimonio a la señora Azucena.”

La viuda era una mujer de proporciones generosas, que al escuchar semejante propuesta soltó un grito que espantó hasta a las gallinas, y se encerró en su casa rezando el rosario al revés.

El pueblo entero se escandalizó. Los hombres se reunieron en la tienda de Juancho para discutir el asunto entre cervezas frías, las mujeres cuchicheaban en los patios, y hasta el cura párroco dedicó la misa del domingo a pedir “serenidad frente a los cambios de la juventud”.

Pero Matilde Parada, imperturbable como siempre, sentenció con su voz metálica y cantarina:

—Nunca me ha fallado el tratamiento.

Desde entonces, la fama de Matilde se extendió más allá de Púyaco. Llegó

a Barranquilla, a Soledad, a Malambo y hasta a Sabanalarga, donde no faltó quien intentara envolver a su marido en periódico para ver si maduraba. Cuentan que en una ocasión, un político barranquillero, en plena campaña, pidió ser forrado en periódicos viejos... pero en su caso, lo único que maduró fue la maña.



Esperando a Esperanza

E Me llamo Arnulfo, como el viejo, aunque él solía decir que lo mío era una versión remendada del suyo. Arnulfo II me decía, como si yo fuera parte de una monarquía de la desgracia. Pero en esta historia no hay reyes, ni coronas, solo una familia condenada a esperar lo que nunca llegó: Esperanza.

Yo nací de último, el número doce. Doce hijos de la misma mujer, Leocadia, paridos con dolor y sin ternura. No me pregunten cómo sobrevivió mi vieja; dicen que fue por terquedad o por no saber cómo dejar de obedecer. Porque en esta casa, el amor no era más que un mandato envuelto en mantas viejas.

Mi padre, Arnulfo Belaidés, fue criado por siete tías solteras que lo amoldaron a puro refrán y regaño. Lo hicieron macho, de esos que no lloran, que mandan, que creen que las mujeres son como burras: para cargar y reproducirse. Según ellas, los hombres que hablaban de sus sentimientos terminaban locos o pobres. Y el viejo les creyó todo.

Cada vez que nacía uno de mis hermanos, algo malo pasaba en el pueblo. Como si con cada parto se abriera un portal por donde se colaban las desgracias. Contradecía

el dicho de que “*cada niño viene con su pan bajo el brazo*”. Aquí cada niño llegaba con una maldición bajo el pañal.

“

Lo cierto es que los muchachos hijos de las otras familias del pueblo fueron enviados a Barranquilla y así Púyaco envejeció de golpe.

Fue el primero. Nació justo cuando el cielo se volvió negro a las doce del día. Un eclipse que dejó a las bestias en silencio y a los hombres temblando. Mi abuela María Eduviges, metió a todo el mundo debajo de la cama, gritando que era el fin del mundo. Las gallinas no pusieron huevos durante una semana, y el padre Federico canceló la misa del domingo por miedo a que se abriera el cielo.

”

Con él, se secó el pozo de la plaza. El agua se volvió barro, y las mujeres tenían que caminar dos horas para llenar sus cántaros. La sequía duró seis meses y hasta los árboles de mango se negaron a florecer. El viejo Arnulfo decía que Mariano tenía cara de camello, pero fue a Leocadia a quien le tocó cargarlo.

Elpidio vino con el mal de la rabia, una peste de perros enloquecidos empezó a rondar el pueblo, mordiendo a cuanto cristiano se atravesaba. Hubo que sacrificar a más de cien. Elpidio lloraba tanto que parecía aullar, y eso puso nerviosa a la gente. Decían que no era un niño, sino un perro reencarnado.

Fili vino con un terremoto. La tierra se estremeció tanto que la torre del reloj se partió en dos, y la campana cayó sobre la alcaldía. Desde entonces, nunca se volvió a construir. Decían que Fili tenía manos grandes porque había empujado desde adentro.

Julián nació bajo el agua. Llovió cuarenta días sin parar. El río se desbordó y arrastró casas, gallinas, un burro, y hasta un niño que nunca apareció, recuerdo que lloraba cada vez que llovía, y el sonido era igualito al tambor de una tormenta.

El año que nació José Ángel, el cielo se llenó de paco pacos.

Las cosechas se fueron a la mierda decía el viejo Arnulfo. Las bestias dejaron de comer. Hasta el papel de los cuadernos desapareció, porque los pacopacos también comían eso. Mi vieja decía que José Ángel tenía ojos de insecto.

A Pedro le decíamos el pirómano, nació en medio de una gran conflagración que empezó en la tienda de Juancho y se llevó al menos dos hectáreas. El fuego rugía como si se hubiera criado con nosotros. Pedro nació con el cabello rojo, y eso bastó para que lo culparan en silencio.

Con Ruperto volvió la fiebre amarilla. No se veía en Púyaco desde los tiempos de la Guerra de los Mil Días. Murieron dieciséis personas, entre ellas Hermelinda, una señora a la que le decían bruja por apariencia y no por oficio, la pobre en brasas antes de morir alcanzó a gritar: *“hay esperanza”* y allí se consolidó la creencia de que la niña deseada venía para la familia como bendición divina tanto para la familia como para todo Púyaco.

Ese año cerraron la escuelita de la seño Olivia, después de ese suceso no recuerdo a un solo profesor pasar por el pueblo. Lo cierto es que los muchachos hijos de las otras familias del pueblo fueron enviados a Barranquilla y así Púyaco envejeció de golpe. Dionisio nació callado, sin llanto, sin movimiento. Todos creímos que estaba muerto, pero respiraba. Le pusieron una campana en el tobillo para saber si se movía. Con él, el cielo se volvió opaco. Por treinta noches no se vio una estrella. La luna salió pálida. Decían que era un mal presagio.

Hermógenes nació con los ojos cerrados durante dos semanas, nació el día que el único bus intermunicipal dejó de pasar y ahora había que esperar al señor Raimundo Moreno que pasaba en su Land Rover del 59 cada 15 días a recoger maíz en una pequeña parcela que tenía a 10 kilómetros de Púyaco. Recuerdo que por esos días fuimos afortunados de que el nacimiento de mi hermano Ramón coincidiera con el paso del señor Raimundo cerca al pueblo, corrí detrás del Land Rover para alcanzarlo para pedirle que llevara a mi vieja que débil de tantos ya no tenía fuerzas para parir sino con la ayuda de una partera experimentada que vivía en el “Jobal” un caserío que quedaba a 30 kilómetros a pura trocha, quizá por eso nunca aprendió a hablar. Cuando creció solía caminar por las noches como si escuchara el bus en su cabeza y corría para alcanzarlo.

En lo referido a mí, llegué cuando el hambre se instaló. Fue la peor

hambruna vivida en Púyaco. No había maíz, no había yuca, no había plátano. Comíamos barro con sal. Me dicen que nací con una mueca en la boca, como si me burlara del mundo.

Conmigo, éramos doce, si doce varones, cada uno con su tragedia amarrada al ombligo. Y sin embargo, el viejo Arnulfo seguía convencido de que la niña venía en camino. A cada tanto, cuando mi vieja se desperezaba de su cansancio, él se le arrimaba como quien va a pescar en un lago seco. Y siempre con la misma promesa:

—Esta vez es por Esperanza, Leocadia, lo sé, lo siento en los testículos.

Decía que lo había soñado. Que una niña de trenzas negras y vestido blanco lo llamaba desde el umbral del futuro, diciéndole “papá”. Leocadia lo miraba de reojo, como quien ya no discute con el loco. Pero el viejo insistía, con flores marchitas, con promesas de calma, con refranes de tía. Y así, entre polvo y rutina, la embarazó por décimo tercera vez.

Pero ese embarazo fue distinto. La barriga creció como si dentro llevara una vaca. El pueblo entero empezó a apostar por la llegada de la tan anunciada Esperanza. Doña Decideria, que había sobrevivido a la fiebre amarilla solo para ser más bruja, vaticinó lo que todos querían oír: —Es niña. Viene al fin. Será Esperanza. Como en la realidad, la última que se pierde.

Hasta María, la partera del pueblo tocó el vientre con respeto y dijo: —Aquí hay algo más que un bebé. Aquí viene la redención.

El viejo andaba hinchado de orgullo. Paseaba por el pueblo como si fuera a parir él. Compró una muñeca en Barranquilla, un moño rosado, y hasta mandó a bordar unas sábanas que decían “Bienvenida, Esperanza”.

Y llegó el día. Un jueves con olor a mango podrido y calor de horno. Leocadia empezó con dolores de parto en la madrugada, y para el mediodía ya tenía la cara desencajada y los ojos blancos. Decideria y la niña María la atendían, una con hierbas y la otra con manos frías. Nosotros, los doce, mirábamos desde la rendija de la puerta como gallos atontados.

—¡Puja, mujer, puja! —decía la niña María.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —gritaba Decideria, sacudiendo un ramo de albahaca.

Y entonces pasó... Un sonido.

Un viento visceral con sonido sordo. No hay otra forma de decirlo. Una ventosidad larga, vibrante, sostenida, como un solo de trombón, salido de las mismísimas entrañas de Leocadia. Duró cinco minutos, contados. Algunos decían que la tierra tembló un poco.

No salió niña.... No salió nada.

Solo el eco del ruido sordo y un silencio que se posó como mosca sobre todos nosotros.

Decideria se persignó. la niña María se quedó pálida. El viejo cayó de rodillas como quien ha perdido a una patria. Leocadia, empapada en sudor y rabia, solo dijo:

—Me saqué el último gas. Que no me jodan más.

Y así, Esperanza nunca llegó. No había pañales rosados, ni cunas bordadas, ni tampoco una niña con trenzas. Solo quedó el moño colgando en la puerta, mustio como la fe del viejo.

Él dejó de hablarle a la bruja, a la partera, al espejo. Se le fue el brillo. A veces se sentaba bajo el árbol de mamón y murmuraba como un loco:

—Esperanza... era lo único que quería.

Y yo, Arnulfo hijo, el último de los malparidos —literal y simbólicamente—, entendí que en esta familia, lo que paría no era amor, ni niños, ni futuro. Lo que paría era tragedia, repetición y, al final, un pedo que sonó como la carcajada del destino.

Porque en Púyaco no se pierde la esperanza.

La esperanza simplemente... nunca vino.

Ahora que los años se me han ido acumulando como piedras en los bolsillos, vuelvo a Púyaco solo en las tardes. Ya no queda casi nadie. Los hermanos se dispersaron como cenizas. Emigdio se fue a Venezuela a vender panelas adulteradas. Mariano murió de sed en un burdel sin ventilador. Elpidio se hizo veterinario y le ladraba a los clientes. Fili desapareció en un temblor

en Ecuador. Julián se volvió pescador y se ahogó en su primera lluvia. José Ángel cría cucarachas de pelea en Sincelejo. Pedro Manuel incendió un motel en nombre del amor. Ruperto anda en silla de ruedas porque la fiebre le volvió. Dionisio se volvió bibliotecario, aunque nunca aprendió a leer. Hermógenes pintó lunas hasta quedarse ciego. Ramón, el del tren, todavía camina de noche por las vías que no existen.

Y yo, Arnulfo hijo, el que nació con hambre, me quedé con la historia.

A veces me siento frente al solar donde estaba la vieja casa, la que tuvo trece partos y ninguna niña. La maleza se tragó los corredores, los techos se vinieron abajo, y los recuerdos caminan con los fantasmas. A Leocadia la enterramos una mañana sin sol. Murió callada, como vivió. El viejo Arnulfo murió antes que ella, aunque respiró un par de años más. Murió el día que comprendió que no habría más embarazos, ni más tías que lo programaran, ni más Esperanza que lo salvara del fracaso.

El moño rosado lo enterré con él. Se lo metí en el bolsillo del saco, como un consuelo inútil. Quise bordar en su lápida: *Aquí yace un hombre que esperó una niña y recibió doce tragedias*, pero la funeraria me cobró más por la ironía.

Ahora camino por Púyaco como quien atraviesa un libro que nadie leyó. A veces los niños del pueblo —los pocos que hay— me preguntan si alguna vez existió Esperanza. Yo les digo que sí, pero que se perdió en el pedo de una mujer harta. Se ríen, aplauden, algunos hacen el sonido.

No saben que es verdad.



La cirugía de Juancho

Quizás, en el fondo, eso sea lo más triste: que el único acto mágico que ocurrió en Púyaco haya sido una ventosidad tan larga, tan potente, tan simbólica, que espantó a lo único que podía salvarnos, la esperanza.

A Juancho lo conocían en Púyaco, como el último macho alfa en vía de extinción. Hombre rudo, de piel prieta como cuero de tambor, curtida por el sol y la brisa que sopla de la ciénaga, con manos de machete y voz de trueno. Caminaba siempre con la camisa abierta, con el pecho al aire, como queriendo demostrar que lo que tenía de bruto lo tenía también de varón. Su frase de combate, y prueba de su paradójica ignorancia, se repetía como si fuera un salmo de misa mayor, por todos los que le veían beber litros de chirrinchi hecho por el viejo Pello:

— El hombre que dice que es macho, no es macho. ¡Macho soy yo!. Y lo asentía golpeándose el pecho como gorila bravo.

Juancho era un excelso criador de gallos de pelea, y los quería como a sus hijos hasta que perdían. Entonces, los degollaba sin pestañear, porque —según él— “más vale gallo muerto que gallo cobarde”. Trompeador por deporte, compraba peleas ajenas solo para demostrar

“

Yo no he hecho ninguna protesta, ¡yo lo que tenía era una urgencia por orinar, carajo!

”

su bravura. Una vez, cuentan, llegó a las tres de la mañana al pueblo montado en su caballo bayo —porque para trayectos largos no usaba a su burro Mohíno pata barretiá, que era de confianza, pero de tramos cortos— y se topó con un escándalo en la plaza.

Un forastero venido de Barranquilla había vencido a todo el que se le atravesaba en duelo de pulsos. Juancho se bajó del caballo, se remangó la camisa mugrienta y sin

decir palabra se sentó frente al desconocido, clavando los codos en la mesa.

¿Tú ere de orinar parao o sentao? —le soltó al tipo, mientras le apretaba la mano.

La disputa duró hasta las siete de la mañana. Los dos sudaban como mulas, y ninguno cedía. Cuando el padre Francisco tocó las campanas para una misa que llevaba una hora de retraso —decía que se había trasnochado rezando porque sentía que el diablo andaba suelto por el pueblo— el forastero soltó el brazo, corrió hasta el caballo bayo de Juancho y desapareció. Nunca más se le vio en el pueblo.

—¡Me robó el caballo, pero no el honor! —gritó Juancho, con la mano todavía tiesa.

Pero hasta los machos de piedra envejecen. Y Juancho, ya entrado en años, se encontró un día con un problema que ni a puños podía resolver: llevaba quince horas sin orinar. Quince. Y eso, para un hombre de campo que desayunaba aguapanela con chicharrón, era motivo de urgencia nacional.

Lo llevaron al hospital de la cabecera, en una camioneta desvencijada. Al llegar al hospital del pueblo vecino, la médico de turno, joven, peñadita y con acento de ciudad, le preguntó con amabilidad:

—Señor Juan, ¿es usted hipertenso?

Juancho la miró con ojos entrecerrados y replicó, molesto:

—¡Respéteme, niña! Yo seré lo que sea, pero católico siempre. ¡Eso de ser de otra religión, no va conmigo!

La doctora apenas suspiró.

Minutos después llegó su hijo, José Mercedes, un hombre que heredó la terquedad, pero no la fuerza del padre. La doctora lo apartó y le explicó en voz baja:

—Su padre tiene problemas con la próstata. Necesitamos intervenir de inmediato.

—¿La qué? —preguntó José Mercedes.

—La próstata, señor.

Y fue ahí cuando Juancho, que escuchaba medio sedado desde la camilla, lanzó un grito:

—¡Embuste de esa mujé e carajo! Yo no he hecho ninguna protesta. Yo lo que tengo es que no puedo meá. ¿Quién ha dicho que yo vine a protestá?

Lo sedaron. Le hicieron la cirugía. Le pusieron una sonda. Y cuando despertó, en bata y con el cuerpo cubierto de cables, el viejo resopló como toro herido.

—¡Matdecía sea, nojoda! ¿Quién me ha tocado mi intimidá, carajo? ¿Qué es esto que me han puesto? ¿Qué es esto? ¡Esto no es pa macho!

Intentó arrancarse la sonda, los tubos, hasta la vía del suero. José Mercedes corrió a sujetarlo.

—Apá, cálmese. Eso es para que pueda orinar.

—¿Y qué va a pensá el burro mío, ah? ¿Qué va a pensá Mohíno cuando me vea con este cablerío en mi intimidá y que no pueda oriná?

Pasó dos días en observación. Cada rato repetía en voz alta:

—Yo no he hecho ninguna protesta, iyo lo que tenía era una urgencia por oriná, carajo!

Y no dejaba que nadie le tocara la sábana. Ni las enfermeras se atrevían.

Cuando por fin le dieron de alta, pidió que lo llevaran por detrás del hospital, “lejos de miradas malintencionadas”, para hacer sus necesidades como un macho de verdad. Se bajó la corredera del pantalón con dificultad, miró al cielo y dijo en voz baja:

—Gracias Diosito. Volví a ser hombre.

Y ya montado otra vez en el Mohíno, se despidió del pueblo como si saliera de una guerra.

—¡A este macho nadie lo tumba, nojoda, ni la protesta esa!

Tiempo después, en la tienda de Toño Calabria, entre ron y dominó, contaba el episodio con nuevos adornos. Decía que el médico quiso cortarle la hombría y que él, en medio de la anestesia, le metió un sopapo que lo mandó a recuperación.

—¡Y eso que estaba dormido! —decía levantando la ceja, mientras echaba el trago.

Y agregaba, con tono misterioso:

—Pero quedé bien después de la cirugía. con decitle que una vez, cuando llegué de madrugada al establo, me dieron urgencia de oriná. Saqué mi aparato, y un caballo me quedó mirando y me dijo: *Caramba, Juancho, te respeto*. ¡Así sería et chorro compa!

En Púyaco, nadie le creía, pero todos lo aplaudían. Porque en la tierra donde los mitos caminan con sombrero, Juancho seguía siendo, a pesar de la sonda, el último macho sin dudas ni protestas.



El desencuentro

Aquel 24 de marzo, cuando Púyaco se preparaba para la procesión de San José, lo vieron llegar en un Land Rover del 58. Bernardo Vallejo, un pastor evangélico de convicción y voz de trueno, arribó al pueblo con su Biblia debajo del sobaco, una guitarra en bandolera, dos parlantes y una lona envuelta amarrada al techo del vehículo, las perlas de sudor en su frente y los mojados en la camisa permitían inferir que había tenido un viaje agotador a 40 grados Celsius durante todo el viaje. Se acercó a la tienda de Leocadio, pidió una gaseosa bien helada, pero este se la dio al clima, porque hacía más de una semana que no llegaba el hielo al pueblo, al parecer porque el joven Adán Rosales que lo traía desde San Fermín, le robaron la carreta con todo y su burro mohíno. Bernardo se quitó la gorra toda empapada de sudor y levantó sus manos en señal de súplica al Creador y en susurro dijo, empezamos mal Señor, pero aquí estoy para someterme a tu voluntad. Bebió un gran trago de la gaseosa e hizo un gesto como si tomara el peor de los chirrinchis.

Se dirigió a la plaza y se puso en la tarea evangelizadora, conectó los parlantes a la batería del Land Rover, repartió volantes y anunció con solemnidad que venía a ganar las almas descarriadas del pueblo “con aceite

“

Ese curita huele más a aguardiente que a incienso. ¡Y anda más pendiente de las doñas que de los Evangelios!

”

ungido, palabra viva y redención inmediata, en efectivo o fiado”. Vociferó con voz altisonante, que su presencia en el pueblo se debió a un llamado divino, para evitar que Púyaco repitiera la historia de Sodoma y Gomorra. Para

él demasiadas brujas, rezanderas, orates, desalmados y blasfemos era el resultado de alguna maldición ancestral echada en el pueblo y que él estaba decidido a cortar.

El padre Federico, quien ya había cumplido sus 30 años de oficiar las

misas en el pueblo, hombre de sotana pulida y homilías largas pero picantes, lo observó desde el púlpito con una ceja arqueada como un puente viejo a punto de caerse., supo del nuevo intruso por Adán Rosales quien ahora oficiaba de sacristán tras la pérdida de su carreta y su burro mohíno, que lo informó con el mismo dramatismo con que una vez le avisó del siniestro del que fue víctima.

¡Padre, nos roban a nuestros pecadores! —le dijo, mientras sacudía el mantel del altar como quien espanta una herejía.

— Dios, la gente que hay que lidiar— dijo con voz trémula.

—Ese hombre no trae cruz, trae trucos —dijo al sacristán—. Y cuando el truco entra por la puerta, la fe sale por la ventana.

Desde entonces, comenzó la guerra espiritual.

El padre Federico aumentó las misas, agregó un rosario de las cinco de la mañana y creó una novena de miércoles perpetuos. Bernardo, ni corto ni perezoso, montó una carpa al lado del cementerio y prometía sanaciones exprés, liberaciones con recibo y agua bendita embotellada. Aquí está la verdadera doctrina salvadora, gritaba.

Las peloterías eran diarias. Un lunes, el padre Federico mandó a cerrar la carpa por ruido excesivo durante la

consagración. El martes, Bernardo le respondió montando los parlantes con decibeles de concierto de rock, haciendo temblar hasta las hostias consagradas.

Los celos del padre Federico eran evidentes. Veía cómo doña Hermelinda, antes incondicional del escapulario, ahora se agitaba con los coros pentecostales. Hasta el monaguillo Samuel fue visto tamborileando en la tarima evangélica.

—Ese lobo disfrazado de cordero me está robando los diezmos —decía el padre Federico con una copa de vino consagrado más llena de lo habitual—. ¡Y todavía tiene el descaro de decir que yo me como las limosnas! ¡Blasfemo!

Por su parte, el pastor Bernardo no se quedaba atrás:

—Ese curita huele más a aguardiente que a incienso. ¡Y anda más pendiente de las doñas que de los Evangelios!

El pueblo estaba dividido. Unos rezaban el Credo, otros hacían cadenas de oración. Hasta los perros callejeros se confundían y aullaban entre cánticos y letanías.

La situación llegó al punto de que ambos clérigos elevaron quejas a sus respectivas jefaturas. El arzobispo de Barranquilla, después de leer una carta escrita a mano por el padre Federico en papel de misa, envió al hermano Atanasio Villamil, experto en conflictos intereclesiales y custodio del Archivo Secreto.

El Concilio Evangélico de Colombia con sede en Bogotá, por su parte, mandó al Reverendo Alfredo Barona, egresado de Harvard y experto en el modelo de negociación de esa prestigiosa universidad, con diplomado en “Diálogo Interdenominacional y Enfoque Territorial”.

La primera reunión fue en la casa cural de Púyaco, pero duró apenas ocho minutos: Atanasio Villamil pidió silencio para iniciar la conciliación rezando el rosario, y el presbítero Barona lo interrumpió, agotadas las primeras tres cuentas del rezo con una presentación en PowerPoint titulada: “Cómo convivir con el enemigo sin ser el Anticristo”.

La conciliación terminó en un bochorno cuando el padre Federico le gritó a Bernardo:

—¡Hereje! ¡Si tan solo supieras que en el fondo eres más católico que el papa!

Y Bernardo le respondió:

—¡Y usted es más pagano que un Carnaval sin ropa!

Atanasio y Alfredo Barona, hartos de los insultos, se fueron a la cantina de Pastora. Entre aguardiente y guitarras, encontraron la paz que no hallaron en la reunión. Cantaron boleros, se confesaron pecados mutuos y terminaron abrazados, jurándose mutua devoción ecuménica.

Pero los protagonistas del desencuentro, el cura Federico y el pastor Bernardo seguían igual. El uno exorcizando en latín a quien se acercara a la carpa del otro, entre tanto, el otro haciendo retiros espirituales con parrilla incluida justo al lado de la capilla, como desquite místico.

El conflicto se volvió tradición, como el festival de la yuca o el día del santo patrono. Cada año, se organizaba un “Debate de la Fe”, donde ambos se enfrentaban en la plaza pública con micrófonos, versos bíblicos y bendiciones cruzadas. El evento atrajo visitantes de pueblos vecinos, periodistas y hasta antropólogos.

Las “sanaciones” del pastor Bernardo empezaron a correr como pólvora. A doña Indalecia se le enderezó la espalda tras treinta años encorvada. A Chelito —el tuerto del pueblo, que había perdido un ojo fisgoneando las muchachas cuando se bañaban desnudas en el jagüey “Martha sola” — dijo haberle devuelto la vista, aunque el hombre seguía caminando en diagonal. Y a Ramiro “el cojo”, se le vio correr después de recibir un toque de “luz divina” que venía de un extraño aparato oculto tras el altar de lona. Ya se rumoraba en el pueblo, que más que una iglesia, lo que el pastor Bernardo tenía era un consultorio divino.

Al pastor Bernardo lo veían más en los zaguanes que en el púlpito. Decía que el cuerpo también era templo del Espíritu, y que algunas feligresas requerían una “unción íntima” para expulsar demonios internos — especialmente los del deseo que, según él, eran más resistentes que la sarna.

Doña Magola, la de los dulces de semana santa, confesó entre suspiros que luego de una “oración a puerta cerrada”, sintió la presencia del Altísimo en cada vértebra. A otras, el pastor les recetaba baños de redención con aceites que traía en frascos sin etiqueta, supuestamente importados desde Jerusalén, pero que olían sospechosamente a linimento mentolado.

Sus devaneos se justificaban con versículos sueltos y una voz melosa que hacía temblar hasta a las viudas más devotas. “La carne es débil, hermanas, pero el espíritu se fortalece en la comunión del gozo compartido”, decía mientras se soltaba el cuello de la camisa y se llevaba a la cama del templo a cuanta alma descarriada le confesara sus pecados con pestañeo lento. En el pueblo empezó a circular un chisme inquietante: que el avivamiento no estaba en la palabra, sino en las sábanas del pastor. Y como toda buena historia en Púyaco, la exageración la convirtió en verdad oficial.

El escándalo estalló una madrugada de luna entera, cuando el pastor Bernardo, víctima de su propio cronograma de placeres, citó a la misma hora —y en el mismo catre— a tres de sus más fieles creyentes: Nereida, la modista; Edilsa, la vendedora de empanadas; y doña Yessenia, la de las novenas en voz alta. Ninguna sabía de la otra hasta que coincidieron en la parte trasera de la carpa-templo, justo entre las lápidas del ala norte del cementerio viejo. Primero se cruzaron miradas filosas como machete de monte, luego vinieron los gritos, y en segundos estaban revolcadas en la tierra santa, jalándose los moños, repartándose improprios y tirándose con los rosarios de plástico que usaban como cinturilla.

Bernardo, que estaba en paños menores y con la toalla como escudo, intentó separar a las fieras enloquecidas con gritos de “¡paz y misericordia!”, pero acabó corriendo en calzoncillos a campo traviesa, tropezando con cruces oxidadas y tumbas sin nombre. La escena era digna de un apocalipsis doméstico: tres mujeres con sus miserias expuestas, persiguiéndose entre estatuas de ángeles decapitados, y el pastor, encaramado en una lápida, clamando al cielo por perdón y bicarbonato. Desde entonces, el pueblo bautizó la fecha como “la Noche de las Tres Marías”, y cada aniversario, sin falta, alguien cuelga una bata de encaje en el poste de la plaza como recordatorio de que en Púyaco, los milagros también se desnudan. El suceso tuvo la intervención del padre Federico, quien con camándula en mano y una oración de san Nicolás de Flüe, conocido como el santo patrón de los conflictos y problemas, resolvió el entuerto.

Pero fue Plinio Parada —el mismo niño que decían había nacido sin alma, y que ahora, de impúber, estudiaba fórmulas y hacía dibujos incomprensibles con tizas en los andenes— quien empezó a dilucidar el asunto.

—Eso no es un milagro, es física aplicada —dijo un día con su tono distante, como si hablara para sí mismo—. El pastor usa un dínamo manual y una pequeña bobina de Tesla modificada para generar corriente. El calambre produce una contracción involuntaria que puede simular un espasmo de sanación.

El muchacho, que ya no pintaba santos sino ecuaciones, se coló una noche en la carpa del pastor con una lámpara de keroseno y un cuaderno cuadriculado. Descubrió un escondite con frascos de cloruro de plata, imanes de neodimio y una especie de aerosol que causaba sensación de calor en la piel, simulando el “fuego del Espíritu”.

Al día siguiente, durante una sesión pública de “liberación”, Plinio se paró en medio de la plaza y, sin levantar la voz, desmontó uno a uno los supuestos milagros del pastor Bernardo, explicando los mecanismos como un científico de feria.

—No es unción, es reacción química. No es revelación, es sugestión masiva. Y lo de la doña que habló en lenguas... fue por el gas etileno que él mismo roció y le empelotó la lengua.

El pueblo quedó en silencio. Bernardo intentó gritar “¡Satanás lo usa!” pero el viento le devolvió el eco con forma de risa.

Al día siguiente, se fue como llegó, en su Land Rover del 58. Nadie lo vio empacar. Solo dejó su carpa a medio caer, un frasco de yodo olvidado y una Biblia con circuitos incrustados en el lomo.

El padre Federico celebró una misa sin palabras, solo con cantos. Al final, en vez de homilía, leyó un versículo y dijo:

—Nos va a hacer falta el bribón— a mí, para fortalecer la fe, a otras para... bueno, cada quién dará cuentas al Señor, dijo, bajando la voz. Luego golpeó el púlpito y dijo, esta vez con más fuerza en la voz, como manifestando el deber cumplido, lo importante es que terminó esa dicotomía clerical, que nada bueno le trajo a Púyaco, especialmente a sus mujeres....



La corbata del señor Garcés

Por aquellos días del mes de junio, Púyaco se cocinaba a fuego lento y con el fogón prendido todo el día. Allá no bajaban de los 38 grados ni en Semana Santa, y las iguanas caminaban con abanico. Por eso, cuando apareció el señor Garcés con una corbata color vino tinto amarrada al cuello como si fuera ministro de exteriores, hubo un silencio colectivo, como cuando pasa algo sagrado... o algo completamente idiota.

Él venía caminando desde la entrada del pueblo con ese andar de rey africano exiliado, la camisa de lino remangada, los zapatos blancos brillando como dientes de artista y la corbata... ¡ah, la corbata!, esa sogá elegante que no amarraba nada, pero lo decía todo. Algunos pensaron que era un nuevo tipo de castigo. Otros, que andaba disfrazado. Pero él, con la frente en alto y un sudor más seco que lengua de loro, decía:

—¡Es una corbata, ignorantes, señores, la corbata es un instrumento multifuncional de primera necesidad! ¡Esto no es moda, es supervivencia tropical! me la regalaron unos diplomáticos noruegos que me confundieron con un embajador africano perdido.

Y lo decía sin gota de agua en la cara, mientras los demás

se derretían como velas de velorio. Adán Rosales decía que el señor Garcés tenía el termostato dañado porque no sudaba.

“

Luego, fingió comerse una moneda y la sacó por detrás de la oreja de la profesora Nora, que casi se desmaya de la

”

impresión...

Se sentó en el banco del parque, se desabotonó el último botón y, sin más ni menos, empezó a usar la corbata como trapo de cocina: le limpió el babero al nieto de la panadera, le quitó el polvo a su propio sombrero, y luego se la pasó por la nuca como si fuera toalla de hotel cinco estrellas.

—Esto absorbe más que el chisme de doña Etelvina —dijo, y todos rieron, menos doña Etelvina, que estaba presente y tomaba nota mental para su próxima oración comunitaria.

Cuando llegó el vendedor de helados, Garcés se paró como resorte y, bajo el sol inclemente, se envolvió la corbata como turbante. Se la enrolló dos veces, se la acomodó con un nudo estilo “cruz mística del Monte Sinaí” (así lo llamó él), y declaró:

—¡La corbata también es un sombrero árabe! ¡Y que lo desmienta el profeta!

Los niños lo seguían como a un mago de feria. Él sacaba monedas del nudo, pelotas de ping pong y una vez hasta un pescado seco. Algunos decían que era magia, otros que tenía pactos. Pero Plinio Parada, el niño raro de ojos demasiado serios, lo miraba fijo y le decía:

—Eso estaba metido por el forro de la camisa, no mientas.

Don Garcés se le acercaba con la corbata desenrollada como látigo y le decía al oído:

—Muchacho, tú no viniste con alma, a ti te hicieron con apuros.

Pero ni eso lograba despistarlo. Plinio lo miraba como si lo desnudara de sus trucos.

Aun así, el señor Garcés se convirtió en leyenda viva. Decían que un día usó la corbata para amarrar una hamaca. Que con ella tapó un hueco en el techo durante una tormenta. Que, en el velorio del alcalde, la usó de pañuelo y de mantel. Y que, en una ocasión, se quedó sin papel higiénico y salió del baño con la corbata más flaquita pero con cara de alivio.

Eso sí, jamás se le vio con otra. Era siempre la misma: color vino, con un leve olor a la colonia pino silvestre y a cuentos imposibles. La corbata del señor Garcés.

Pero fue en la escuela de Púyaco, un viernes de clausura escolar, cuando el señor Garcés se presentó como “ilusionista aficionado pero con experiencia internacional” —aunque lo más lejos que había llegado era a la gallera de Sabanalarga—. Se apareció sin ser invitado, con su corbata vino tinto enrollada como boa constrictora y un bolso lleno de sorpresas que, según él, no necesitaban trucos porque “la corbata lo hacía todo”.

Subió al improvisado escenario de madera con más huecos que tabla de picar y gritó:

—¡Prepárense para ver lo imposible con el poder del cuello elegante!

Los niños chillaban, las profesoras rezaban, y los padres ponían cara como si supieran lo que iba a pasar.

Primero, metió una naranja por el nudo de la corbata y sacó una mandarina. Luego, fingió comerse una moneda y la sacó por detrás de la oreja de la profesora Nora, que casi se desmaya de la impresión... o del calor.

—¡Con esta corbata crucé el río Magdalena en cuerda floja y le quité el hipo a un burro con solo frotársela en la espalda!

Todo era aplausos y carcajadas... hasta que habló **Plinio Parada**, que desde su asiento de primera fila levantó la mano como un juez de circo:

—¡Eso lo tenía en la manga desde que llegó! ¡El otro lo metió por detrás del pantalón!

Y aunque todos lo miraron con rabia por dañar la ilusión, el señor Garcés se le acercó y le susurró como si le confiara un secreto de Estado:

—Muchacho, tú no tienes alma... ¡tienes rayos X en los ojos!

Pero en vez de molestarse, Garcés se quitó la corbata, la extendió como alfombra mágica y dijo:

—¡Quien quiera descubrir los misterios del universo, que venga y la toque!

Solo Plinio se negó.

—A mí no me hipnotiza un trapo, señor —respondió seco.

Y desde ese día, Garcés empezó a evitarlo. Porque donde hay magia, la lógica sobra.

Fue un domingo después de misa, cuando el sol reventaba las tejas y los hombres sudaban el ron del sábado pasado, que se armó el despelote. En plena plaza, Efraín Macea y Policarpo Jaramillo, viejos enemigos por un pleito de linderos que databa del siglo pasado, empezaron a empujarse por culpa de un gallo.

—¡Ese animal es mío! —gritó Efraín.

—¡Mentira! Ese es “Tizón”, y yo lo crié con cuido de avena y aguapanela desde pelaito —respondió Policarpo, ya con el machete asomando.

La cosa se puso fea. Las mujeres corrían con los niños, los borrachos agarraban las sillas como escudos, y el gallo en medio, cacareando como pidiendo asilo político.

Entonces apareció don Garcés. Caminó lento, con la corbata al viento, como si desfilara en el Carnaval de Venecia, pero sin perder la compostura tropical. Sin decir una palabra, se sacó la corbata, la alzó como bandera blanca y la ondeó entre los dos energúmenos.

—¡Alto ahí!! —Lanzó su voz como trueno en techo de zinc—. Esta corbata ha detenido más guerras que la ONU, y si no me creen, pregúntales a las palomas.

Los dos hombres, confundidos, bajaron la guardia.

—¿Y eso qué va a hacer? —preguntó Policarpo con sorna.

—¡Esto huele a paz! —exclamó Garcés, sacudiendo la corbata en el aire—. A paz y a loción vencida, pero paz, al fin y al cabo.

Y en ese instante, como por arte de magia o sugestión, el gallo se trepó en la cabeza de Garcés, soltó un cacareo que pareció canto de himno, y los dos rivales se echaron a reír como locos. Terminaron bebiendo juntos en el kiosco, contando historias que nadie les creyó y prometiendo no pelear más... “hasta que otro gallo cante”.

Una tarde de apagón —que en Púyaco eran más frecuentes que la lluvia en sequía—, se escuchó un chillido que venía del estanco de doña Porfiria. Era un ratón tamaño iguana, que según los testigos “caminaba parado” y tenía más barriga que el alcalde. El bicho se había metido en el depósito y nadie quería entrar.

Don Garcés, que estaba tomando tinto frío con galletas de soda en la esquina, oyó el alboroto y se levantó con lentitud ceremonial. Se desenrolló la corbata como quien afila una espada y dijo:

—Tranquilos, que esto lo soluciono yo con mi fiel Celestina, exterminadora de plagas y exorcista de espíritus burlones.

Entró al depósito, amarró un pedazo de queso en la punta de la corbata, y se agazapó detrás de los sacos de arroz. Al minuto, salió triunfante, sosteniendo al roedor atrapado como si fuera un trofeo olímpico.

—¡Con esta corbata atrapé un ratón que parecía político en campaña: ¡comilón, escurridizo y con cara de buena gente!

Y todos aplaudieron, menos el alcalde, que estaba ahí y entendió la indirecta.

Pero la fama de la corbata no terminó ahí. Meses después, durante la novena de la abuela Justa, la lámpara del corredor empezó a moverse sola, los vasos se caían sin razón y los rezos sonaban en eco, como si alguien más los estuviera repitiendo. La gente habló de espanto, de ánimas en pena, de cosas que no se deben mencionar en voz alta.

El señor Garcés, que había llegado a rezar el Padrenuestro sin saberlo completo, se amarró la corbata a la frente y gritó:

—¡Alma en pena que no encuentra camino, no asuste a la vieja, que bastante miedo le da ya el espejo! ¡Vaya en paz o la corbata lo arrastra!

Y, como si lo escucharan desde el más allá, la lámpara se detuvo, los vasos no volvieron a caer, y hasta el perro dejó de ladrar al vacío.

—Con esta corbata eché un espíritu y atrapé el alma de un ratón, ¿qué más quieren?

Un día cualquiera, sin aviso ni misa, don Garcés apareció sin corbata. El pueblo entero entró en conmoción. Algunos pensaron que estaba enfermo, otros que se la había comido el ratón gigante en venganza. Pero no: Garcés estaba igual de erguido, igual de altanero, igual de impresentablemente elegante.

—¿Y la corbata, don Garcés? —le preguntó la profesora Nora.

Él bajó la voz y, mirando al horizonte, respondió:

—Se me fue, señora... Anoche, mientras dormía bajo la ceiba, sentí un sueño raro. Vi que se la llevaban unos ángeles en bicicleta, con solapas de lino y bigote de humo. Me dijeron que la necesitaban en otro plano, donde los milagros se hacen sin palabras.

El pueblo no supo si reír o llorar.

Desde entonces, empezó a usar una correa amarrada al cuello, diciendo que era “la prima pobre de la corbata”. La gente lo respetó igual, pero en las noches, algunos aseguraban que, si uno se paraba bajo la ceiba y se quedaba en silencio, podía oír un leve murmullo:

—“¡Con esta corbata detuve un ciclón, borré un mal recuerdo y até un eclipse pa’ que no se escapara!”

Dicen que Plinio Parada, ya adulto y más serio que nunca, se hizo sastre en Barranquilla y en su taller guarda un retazo color vino que nunca ha podido descoser. Lo encontró bajo la raíz de la ceiba, una mañana en que el viento

le habló con voz de trueno y olor a tinto frío.

Y así fue como en Púyaco, la corbata del señor Garcés pasó de ser un trapo elegante para convertirse en leyenda. Porque en un pueblo donde hasta el calor tiene memoria, no hay olvido que no se ate con un buen nudo... o con una buena historia.



Mi abuela tiene feisbú

Doña Engracia siempre fue una mujer dada al comentario agudo, la sospecha gratuita y el chisme con pruebas inventadas. Tenía cincuenta y tantos —pero decía que eran treinta y varios con rebaja por buena conducta— y era reconocida en Púyaco como la agencia noticiosa más activa desde que cerraron la emisora comunitaria. De ahí que, cuando su nieto Andrés volvió de Barranquilla con celular en mano, se le ocurrió la brillante idea de unir la vocación de su abuela con las nuevas tecnologías: “Abuela, te voy a enseñar el feisbú pa’ que chismees con más estilo”.

La señora al principio pensó que “feisbú” era una enfermedad. “¿Eso se pega, mijo? ¿Eso da fiebre o alguna maluquera?”, preguntó preocupada. Pero cuando Andrés le mostró que ahí estaban todos los vivos, los medios muertos y hasta los resucitados del pueblo, se le iluminaron los ojos como si hubiese encontrado la Virgen en un plato de arroz con coco.

—¿Ese no es Anselmo, el hijo de Margarita, el del puesto de chance?

—Sí abuela.

—¡Ajá! Yo sabía que ese man era raro... ¡Mira cómo posa

con ese perro entre las piernas! ¡Eso no es normal en un hombre, a mí me parece bajito de sal, tú qué dices niño!

“

Andrés se reía con ganas, grababa audios y subía algunos comentarios de su abuela a TikTok...

”

Desde ese día, doña Engracia no volvió a regar agua en las matas ni a ponerle comida a los puercos. Se pasaba las tardes con el celular en la mano, los lentes bajados hasta la punta de la nariz, y los dedos temblorosos dándole “me divierte” a todas las publicaciones que le parecían sospechosas. Andrés pasaba horas complaciendo a su abuela de ver las fotografías montadas por extraños, pero igual ella lanzaba calumnias contra todo aquel a quien ella considera raro.

—¡Mira esta, Andrés! María Encarna, la que se creía blanca... ¡lavando calzoncillos de viejos en Barranquilla! ¿Ves esas canastas en el patio? Eso es ropa de pensionado. ¡Yo no sé cómo no se le cae la dignidad con el jabón!

Otra tarde, viendo unas fotos de una tal Lucrecia, soltó la lengua:

—¡Ay Dios mío! ¡La hija de Damiana, la que decía que su niña iba pa’ médica en Bogotá... terminó cuidando pelaos ajenos allá en Soledad! ¡Con cara de cansada, con ese pelo que parece un trapero escurrido! ¡Eso no es vida, Andrés, eso es ir a sufrí en tierra ajena!

Andrés se reía con ganas, grababa audios y subía algunos comentarios de su abuela a TikTok bajo el nombre de “La Chismoteca de Púyaco”. La señora se volvió viral sin saberlo, y los audios comenzaron a rodar de celular en celular, hasta llegar —como era de esperarse— a los oídos más castos del pueblo: los del padre Federico.

El padre, que vivía en guerra con la carne y el Wi-Fi, escuchó a sus feligreses decirle en medio de un rosario:

—Padre, le tenemos una preocupación... Engracia anda en enredos sociales.

—¿¡Cómo que en *enredos* sociales!? ¡Alguien me puede contar con precisión!

La indignación del cura fue tal que interrumpió la misa del domingo siguiente para anunciar en voz alta:

—Se está evaluando aplicar la penitencia máxima que permite esta parroquia: tres novenas de rodillas, cuatro padrenuestros con ayuno, y el exilio temporal del grupo de oración.

El chisme de la penitencia llegó hasta donde Andrés, quien, sin pensarlo dos veces, corrió hasta la iglesia y entró gritando por la nave central como si fuera una película mexicana:

—¡Padreeeee! ¡Padreeeeeeee! ¡Mi abuela no tiene enredos sociales, ella lo que tiene es **feisbú**!

La iglesia estalló en carcajadas, doña Engracia se santiguó creyendo que eso la protegía de la excomunión, y el padre Federico, ya sin escapatoria, solo atinó a decir con una sonrisa nerviosa:

—Pues entonces... que el Espíritu Santo la guíe por esa autopista del chisme. Amén.



El pacto

Nadie en Púyaco olvidaba el día en que Filemón escribió su destino. Fue un martes de cielo apagado y garzas inquietas, cuando un hombre con ojos de vidrio y voz de trueno se le apareció en la plaza mientras jugaba dominó con los viejos del barrio.

—¿Quieres vivir mucho, Filemón? —le dijo el desconocido, dejando caer una hoja en blanco entre las fichas del juego—. Solo escribe cuánto y por qué, y el universo obedecerá. Pero cuidado con lo que escribes, que las palabras son juramentos con los que el tiempo no juega.

Filemón, que apenas tenía veinte años y una fe incauta, escribió sin dudar:

“Quiero que mi vida se extienda hasta alcanzar a ver a mis hijos casados y realizados, cada uno con sus hijos.”

Luego guardó el papel entre el colchón y la tabla que lo sostenía, como quien guarda una promesa bajo la almohada.

Con los años, Filemón se casó con Tomasa, una mujer con mirada de lucero y carácter de machete. Tuvieron

tres hijos: Mariana, Elías y Tobías. A Filemón le gustaba repetir una frase como quien riega una planta:

— *De aquí a que mis hijos crezcan, se casen y nazcan mis nietos, buena agua pasará por debajo del puente, hija. Tengo cuerda hasta los noventa, y eso sí me aburro.*

Pero los tiempos ya no eran como antes. Apenas rozaban la adolescencia, los hijos de Filemón se emparejaron y se fueron. Primero Mariana con un músico de circo, luego Elías con una tatuadora extranjera, y finalmente Tobías con una muchacha que vendía empanadas con sabor a milagro.

No hubo bodas, ni anillos, ni votos. Solo amor libre y nietos prematuros.

Una tarde de brisa inquieta y gallinas sin rumbo, tocaron a la puerta. Filemón abrió con su habitual lentitud de los cuarenta y cinco años. Al otro lado, un hombre de mediana edad, sombrero gris y sonrisa tenue lo miraba como quien espera un reencuentro.

—¿No me reconoces, Filemón?

—No, señor, nunca lo había visto, caballero.

—Cómo no... tú me llamaste.

—¿Lamarlo yo?

—Sí. Lo escribiste. Estoy aquí para llevarte. Soy la palabra final, el punto al final de tu frase.

Filemón retrocedió un paso. Sintió cómo el tiempo le ajustaba el alma. El hombre sacó del bolsillo un papel ajado. Era su letra.

—Tus hijos están realizados, tienen hijos... ya está todo cumplido.

Entonces Filemón se irguió como un gallo que aún no canta su última madrugada.

—¡Un momento! —dijo— con la voz más firme que pudo—. Yo escribí “casados”. Y mis hijos... viven en pecado, si a eso vamos. Unión libre, dicen

ahora. Pero el papel, el acta, el anillo, el arroz en la iglesia... nada de eso ha pasado.

El hombre entrecerró los ojos. La brisa pareció contener el aliento. La casa tembló apenas.

—Pero tienen hijos.

—Sí, pero no están casados. Eso quiere decir que mi declaración no se ha cumplido del todo. Así que... ¡hasta nueva orden, mi compa!

El hombre lo miró con la tristeza de los que pierden por una coma mal puesta. Dio media vuelta y se esfumó entre las sombras del corredor, dejando un leve olor a tierra recién abierta.

Desde aquel día, Filemón fue otro. Mandó a llamar a sus hijos, uno por uno, y les hizo jurar ante la Virgen de los Casados que jamás firmarían papel alguno que oficializara sus uniones. “El que se case —decía— me mata. Y no por traición, sino por cumplimiento”.

Así pasaron los años. Filemón vivió hasta los noventa, lúcido y astuto como un zorro viejo. Cada vez que un hijo insinuaba boda, él aparecía con el acta de nacimiento de su nieto bajo el brazo y el papel de la profecía en la otra mano.

—Ni lo sueñen. Que yo no muero por gusto.

La última vez que lo vieron, estaba en la mecedora, leyendo su propio testamento como si leyera un cuento de aventuras. Nadie supo si murió o se fue caminando al otro mundo por voluntad propia.

FIN

Ricardo Antonio Simancas Trujillo, nació el 14 de enero de 1965 en la ciudad de Barranquilla. Es un educador, publicista, creativo y escritor colombiano. En su trayectoria académica ha alcanzado títulos de Doctor en Ciencias Administrativas, Magíster en Gerencia de Mercadeo y Especialista en Gerencia de Mercadeo, se ha destacado como decano, docente de posgrados y como investigador senior reconocido por Minciencias. A lo largo de su carrera académica ha publicado numerosos artículos científicos y es autor de los libros *Marketing Internacional* y *Emergentes de la administración*, que abordan desde una perspectiva crítica e innovadora los retos del mundo organizacional contemporáneo. En la actualidad se desempeña como vicerrector de investigación en la Corporación Universitaria Americana, cargo que regenta desde hace cuatro años.

En el ámbito literario, ha debutado con la obra “Esta no es época pa’ eso”, una recopilación de cuentos y relatos breves que exploran con humor, realismo mágico y una mirada profundamente caribeña, las contradicciones y maravillas de la vida cotidiana. Su escritura combina el rigor del investigador con la sensibilidad del contador de historias, entretejiendo mundos donde lo mágico irrumpe sin aviso en la realidad.



**Esto NO
es época
pa' eso**

